

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



Banescó
RIF: J-07013380-5

ESCRIBE ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ: La revista *Zona Franca* es una de las publicaciones culturales más importantes que hemos tenido en Venezuela. Apareció en una época

crucial en la historia venezolana, en la década de los 60, cuando la situación del país estaba signada por la violencia política como principal elemento de la vida cotidiana.

FUNDADO EN 1943

Papel Literario

81 AÑOS

DOMINGO 16 DE MARZO DE 2025

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papelliterario

CRÓNICA >> MIGRANTES: EL CUERPO A CUERPO CON LA DESAZÓN

“Cómo no pensar que los venezolanos estamos condenados a los repetitivos y frustrantes trabajos de Sísifo, reducido a empujar un peñasco cuesta arriba por una montaña para, antes de llegar a la cima, verla rodar otra vez hacia el punto de partida. Cómo no enloquecerse con esta idea, más si cada día se renueva el memorial de torturas a los presos políticos y abusos a sus familiares”



METRO DE MADRID / RTVE.ES

MILAGROS SOCORRO

—Partes de una falsa premisa —digo, más para ganar tiempo que para establecer la atmósfera de lo que quiero expresar. La pregunta, apenas la primera, me ha cogido de sorpresa. No esperaba ser interrogada acerca de algo personal, de las razones para haber tomado una decisión o de un episodio particularmente complejo de mi vida.

Los ojos me arden. La garganta parece haberseme cerrado. Me temo el desastre. El correo electrónico de una amable periodista española, para sostener una entrevista para la revista *Ethic*, proponía hablar de libertad de expresión, del auge de los populismos, la debilitación de las democracias o la situación de Venezuela. Dado que la cuestioncita de Venezuela estaba de última en la enumeración, precedida, además, de la conjunción “o” (no “y”, por lo que sonaba a circunstancial, a quizás, a si queda tiempo), di por hecho, de manera inconsciente, que la conversación se iría por asuntos más o menos abstractos, en los que, aposté, podría moverme con distancia y sofisticación.

La propuesta había llegado en días sombríos. El régimen de Nicolás Maduro, en una de esas operaciones de borramiento de la realidad a las que el socialismo autoritario es tan afecto, había anunciado que convocaría a elecciones regionales. Como si las del 28 de julio no hubieran existido; él no las hubiera perdido de manera humillante; el Consejo Nacional Electoral (CNE) no se hubiera abstenido de publicar los resultados, como establece la ley, que obliga a ofrecer pormenores respecto de las cifras finales en centros y mesas de votación; el ganador de esos comicios no estuviera vagando por el mundo en busca de alianzas para el regreso de la democracia en Venezuela, mientras el perdedor se autojuramentaba en una ceremonia sin prensa ni embajadores (salvo los cómplices de Cuba, Nicaragua y alguno más de ese jaez). Como si María Corina Machado y su equipo más cercano no estuvieran, escondida ella y refugiados ellos en la emba-

jada de Argentina y esta no estuviera sitiada por las fuerzas represivas de la tiranía. Como si el activismo electoral en Venezuela no constituyera un delito, como lo confirma el hecho de que decenas de miembros de mesas fueron secuestrados y confinados a las mazmorras de la tiranía. Y como si la casi totalidad de la dirigencia política de oposición no estuviera en la cárcel, en el exilio o en la clandestinidad, acosada, además, por las huestes de descrédito y difamación del régimen que no descansa y no cesa de crecer alimentada por ingentes recursos.

Como era de prever, la convocatoria a elecciones en los ámbitos regionales y locales funcionó como los campanazos que Iván Pavlov hacía sonar mientras ofrecía comida a sus perros. Una parte de la oposición, no la más numerosa ni, ciertamente, más prestigiosa, pero sí un gajo que contribuye a descompactar la necesaria unidad en torno a la defensa y reivindicación del 28 de julio como el más grande logro del país democrático en su conjunto, desde la llegada del chavismo al poder, en 1998, empezó a salivar. Y vengan los enfrentamientos, el baile al son que toca Miraflores, el descenso del nivel del debate y el descuido de lo fundamental, cual es el espíritu del 28 de julio, la existencia de un presidente legítimo fuera del cargo mientras el espurio corre la arruga para permanecer en él.

Cómo no pensar que los venezolanos estamos condenados a los repetitivos y frustrantes trabajos de Sísifo, reducido a empujar un peñasco cuesta arriba por una montaña para, antes de llegar a la cima, verla rodar otra vez hacia el punto de partida. Cómo no enloquecerse con esta idea, más si cada día se renueva el memo-

rial de torturas a los presos políticos y abusos a sus familiares.

Una colega española que me contacta es –pido a Dios que sea– la oportunidad de hacer amigas nuevas, agüita de mayo para una mujer migrante; o, por lo menos, una mujer migrante sociable y privilegiada de nacimiento con las amigas más ingeniosas, descaradas y preciosas, como soy yo, la eterna feita del grupo y la última en enterarse de las milagrosas bondades de tal o cual recurso de levantamiento... de algo.

Me propongo disimular mi desazón. Es preciso que no se me note la cruz de ceniza que llevo en la frente como marca de vergüenza de pertenecer a la generación que dejó perder el país en manos de una mafia vergonzante y crudelísima. Debo dar una imagen de éxito, de alegre despreocupación, talante, según entiendo, proclive para hacer nuevas relaciones.

En los días previos a la cita con la periodista de *Ethic* me obligo a dejar pasar los pensamientos lúgubres como quien ve desfilar los autos sobre los charcos. Nadie quiere una sombra negra a su alrededor, en la jungla los animales fuertes huelen la sangre y la debilidad... Me repito ideas así. No es la primera vez, qué va. Cada vez que me he presentado a solicitar un puesto de profesora de escritura creativa o de literatura hispanoamericana en una universidad, me esfuerzo por comunicar un aire olímpico: competitivo, ganador, refractario a los fracasos. Reilona y con pendientes tintineantes, encajo el rechazo. Otra vez será.

El día antes del encuentro estoy en el metro. Espero a que amaine un poco la lluvia. El migrante caribeño se apunta a una gripe de un mes en cada invierno. Fiebres nocturnas, tos que

hace palpar la cabeza... pero lo peor es que te hace ver forastera. Si no lo fueras, ya dominarías la ciencia que es el invierno. Y, claro, el forastero es el tendero, los chinos de las quincallas, los paquistaníes de la frutería... No quiero pasar por comerciante, gente sin tierras. Mujer sin tierra.

Un muchacho se acerca a la taquilla del metro, donde me encuentro apoyada, para pedirle a la empleada que le abra la puerta aneja a los torniquetes por donde debe pasar con su bicicleta. Mientras el manto de lluvia se cierne sobre las escaleras que conducen al subterráneo, me entretengo en observar al joven, migrante desde luego. Debe pasar con su bicicleta, no delante ni detrás, al lado. Reparo en sus contorsiones, hunde el estómago, adelanta los hombros, estira los brazos para sostener el manubrio, tampoco se ahorra encogimientos. El cuerpo del migrante no encaja en ninguna parte, concluyo. Pero yo debo embutirme como sea en una imagen de mí misma que mantenga a raya la auto-compasión y el desconsuelo. Así no llegaré a ninguna parte.

Debo causar buena impresión, es el criterio que gobierna la elección de mi ropa el día de la entrevista. Con ese precepto me maquillo las cejas, que los tumbos por el mundo han hecho casi desaparecer (yo, que cuando era liceísta recortaba las puntas de unas cejas que parecían ondear en el ventarrón de un futuro tan auspicioso). Escojo unos pendientes que semejen esculturas, algo mundano, los accesorios de una señora cosmopolita, consciente de que los países, lo mismo que las personas, atraviesan tempestades, pero siempre están chéveres, hieráticas, apolíneas.

Camino al lugar pautado, me repi-

to que debo causar buena impresión. Esto pasa por comunicar la certeza de que Venezuela atraviesa ciertas borrascas, pero que todo pasará, no es tan grave. Total, ya he vivido tanto, he visto tanto. Nada me perturba.

El primer error viene cuando me preguntan cómo quiero la leche del café.

—Caliente —respondo al vuelo, con una ceja alzada y una seguridad que espero pasmosa.

—Me refiero a que si la quiere deslactosada, descremada, desperfumada, de almendra, de garbanzo, del Himalaya o de cabras exceptuadas de machos.

Algo así. El bochorno me ensordece. Y la catástrofe sobreviene cuando Carmen Gómez-Cotta abre un cuaderno y me acribilla:

—¿Por qué abandonaste Venezuela?

—Partes de una falsa premisa —balbuceo.

Quiero decirle que ni un día, ni un minuto... que vivo pendiente de las incidencias, que por las noches, cada noche, regreso a la casa de mi infancia, a las aulas de las monjas españolas, que no hay manera, que me habita, que no pienso en otra cosa...

Pero no puedo decir nada. Si hablo, como dice el son cubano, toda mi argumentación de negro fino se me va a caer.

Me recupero, pero ya me ha invadido la certeza de que tendré una mala tarde. De que he entrado no con capote sino con mantilla. Persistiré. Necesito amigos nuevos, unos que no sepan de los muchos descabros. Unos cuyas caras sean espejos que me devuelvan una estampa de esperanza risueña y de satisfecha comprobación de que la piedra está arriba, bien acomodada y anclada en la cresta. ☹

MEMORIA >> ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ (1931-2015)

La revista *Zona Franca* (1964-1984)

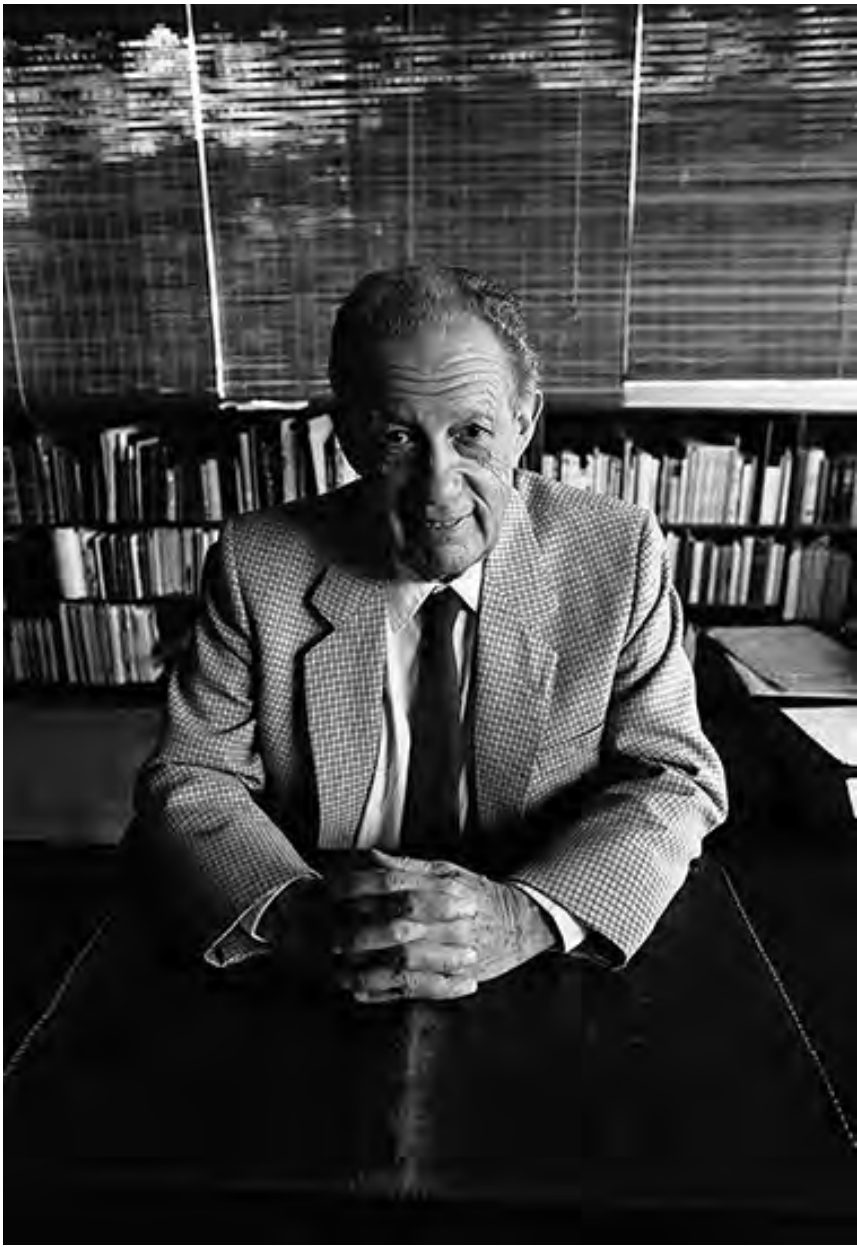
Reproducimos el texto que sigue, no solo para recordar el lugar fundamental que *Zona Franca* ocupa en la historia de las revistas literarias de América Latina, también para recordar a Alexis Márquez Rodríguez, abogado, investigador, ensayista, estudioso de la lengua e individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua, fallecido hace una década

ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

La revista *Zona Franca* es una de las publicaciones culturales más importantes que hemos tenido en Venezuela. Apareció en una época crucial en la historia venezolana, en la década de los 60, cuando la situación del país estaba signada por la violencia política como principal elemento de la vida cotidiana. Durante ese periodo, que abarca casi la totalidad de la década, se produce la insurgencia armada de los sectores de izquierda radical, con predominio de las tendencias marxistas-leninistas, aunque con la presencia de otras corrientes ideológicas dentro del común denominador del izquierdismo. El triunfo de la Revolución cubana en 1959 produjo en todo el continente latinoamericano un auge vigoroso del movimiento popular, capitalizado por los ya mencionados sectores de izquierda. Venezuela no fue la excepción, y la circunstancia de que dicha Revolución se produjese un año después de la caída de la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez, originó que para ese momento todavía se viviese en nuestro país la efervescencia revolucionaria provocada por ese hecho, determinando a su vez por la insurrección de las masas populares, y en general de toda la población, especialmente de la ciudad de Caracas, que obligó a sectores de las Fuerzas Armadas a derrocar al dictador, para impedir así que la insurgencia popular tomase más vuelo y derivase hacia una situación de auge revolucionario que podría resultar incontrolable para las clases dominantes. La actitud heroica y decidida de la izquierda marxista en la lucha contra la dictadura, que duró casi diez años, le proporcionó una aureola de prestigio y de simpatía muy grande, que todavía conservaba en los años sesenta.

La insurgencia armada de la izquierda venezolana estuvo acompañada de un auge equivalente de los sectores intelectuales de la izquierda, también con un marcado predominio de la tendencia marxista-leninista, que no participaban de manera directa en la lucha armada, pero compartían sus ideales revolucionarios. En esos momentos el movimiento intelectual de los sectores izquierdistas gozaba en Venezuela, como en el resto del continente, del mismo prestigio del sector propiamente político y guerrillero, incrementado precisamente por el triunfo de la revolución y las primeras ejecutorias del gobierno revolucionario en Cuba.

En tales circunstancias, los sectores intelectuales refractarios a la ideolo-



JUAN LISCANO / ©VASCO SZINETAR

gía marxista y al proceso revolucionario que se desarrollaba en la isla antillana, preocupados además, por el clima de violencia política que se vivía en nuestro país, el cual amenazaba seriamente al sistema democrático formal instaurado después de la caída de la dictadura, se sentían aislados, con muy escasa influencia en la opinión pública, y desprovistos de canales propios a la difusión de ideas, que les permitiesen expresar su ideología y sus opiniones acerca de la situación que vivían en el país, el continente y el mundo. En cambio, la izquierda intelectual no solo poseía medios propios de expresión, como algunas revistas y periódicos identificados en mayor o menor grado con esa tendencia, sino que, además ocupaba predominantemente las páginas de los periódicos y revistas comerciales, y tenía asimismo un franco acceso a otros medios de comunicación, como la radio y la televisión. En esa etapa se dio en Venezuela la paradójica circunstancia de que los gobiernos de turno y los sectores ideológicamente identificados con ellos tenían el poder político, el militar, el religioso y el económico, pero no ejercían ningún dominio, ni siquiera una influencia medianamente poderosa, sobre la actividad intelectual, especialmente en el ámbito de los escritores y de los artistas.

Conscientes de la situación descrita, un grupo de intelectuales que había actuado en la resistencia contra la dictadura perezjimenista, y que se habían definido, al menos algunos de ellos, como pertenecientes a corrientes de izquierda, aunque no marxista, se mostraron francamente opuestos a la insurgencia armada de la izquierda promarxista, y adoptaron una actitud cautelosa, cuando no abiertamente contraria, ante la Revolución cubana. A medida que esta avanzaba dentro de una línea ya explícitamente marxista y socialista, en Venezuela recrudecía la violencia armada revolucionaria, incluso con notorio apoyo moral y material cubano, grupos e individualidades de este sector de la intelectualidad venezolana se fueron distanciando cada día más de la izquierda marxista y del gobierno cubano. En relación con este último, fue sobre todo el manejo en Cuba del problema de los derechos humanos, dentro de una concepción y de una política que ellos consideraban opuestas al concepto democrático de tales dere-

chos, el argumento que más se adujo dentro de este sector de intelectuales contra la Revolución cubana, tal como ocurrió también en el resto del continente y en muchos otros países.

La revista *Zona Franca* se fundó dentro de ese contexto, siendo sus fundadores conscientes de la necesidad que tenía el sector intelectual no marxista que se consideraba de izquierda más o menos moderada, o en todo caso progresistas, de tener un medio de expresión que les permitiese, no solo combatir al sector ideológicamente opuesto, sino más bien expresar sus propias opiniones, tanto en el aspecto literario propiamente dicho, como en los demás órdenes de la cultura. De ahí que la revista tuviese en sus comienzos una orientación bastante amplia y variada en cuanto al contenido temático de sus materiales.

La idea inicial fue de Juan Liscano, poeta y ensayista, periodista de opinión sumamente prestigioso, experto en investigaciones folklóricas, y uno de los intelectuales venezolanos más destacados y respetados. Es un intelectual que no solo ha sobresalido como hombre de letras, sino también como analista político, pues aunque nunca ha sido lo que suele considerarse un político profesional, siempre ha mostrado una gran preocupación por las cuestiones políticas y sociales, y de hecho ha actuado muy vivamente en la política venezolana, aunque solo desde su condición de pensador y escritor, y sobre todo como columnista de importantes periódicos venezolanos.

Liscano había sido un consecuente luchador contra la dictadura perezjimenista, y había vivido muchos años en el exilio, y aunque nunca fue militante, estaba en aquella época muy vinculado con el partido Acción Democrática, de orientación socialdemócrata, si bien para entonces esa alineación ideológica era más inferible que explícita. En la fundación de la revista lo acompañaron dos jóvenes escritores muy conocidos, militantes activos, ellos sí, del mencionado partido, aunque más identificables como intelectuales que como políticos: Guillermo Sucre, poeta, crítico literario y profesor universitario de prestigio, y Luis García Morales, poeta igualmente conocido en el medio venezolano. Desde el primer número apareció Juan Liscano como director, mientras Sucre y García Morales fi-



JUAN LISCANO / ARCHIVO FOTOGRAFÍA URBANA

guraban como integrantes del equipo de trabajo, bajo la escueta mención de Redacción.

El propio Liscano reconoce que *Zona Franca* nació con un propósito claramente ideológico, y permaneció dentro de esa línea durante mucho tiempo. Sin embargo, tal orientación ideológica se mantuvo siempre dentro del terreno de las ideas, rehusando en todo momento la confrontación directa, la diatriba y la polémica que no estuviese enmarcada estrictamente en los límites de la confrontación doctrinaria.

En una conversación sostenida con él dentro de la investigación para elaborar esta ponencia, Liscano nos dijo lo siguiente:

“La revista nació por razones ideológicas. Esa fue la razón inicial. En esa etapa, de ascenso del castrismo, había en Venezuela una serie de revistas de orientación muy decidida, guerrillera y procastrista. Algunos intelectuales nos sentimos un poco perdidos en esa situación, y decidimos fundar una revista, Guillermo Sucre, Luis García Morales y yo. Desde un principio se planteó que no iba a ser una revista de combate, que no iba a caer en la polémica, sino que simplemente iba a abrir un espacio para poderse expresar uno con toda la libertad que quería. Así nació y así fue. A medida que se fue atenuando la pugna política y fueron desapareciendo las revistas de izquierda, alineadas con el castrismo y guerrilleros, también *Zona Franca* fue cambiando, hasta convertirse, de manera clara, sobre todo al final de la primera etapa, en una revista abierta a todos los jóvenes de América Latina, cualquiera que fuese su posición ideológica o política. Ese fue uno de los factores que más contribuyeron a darla a conocer y a ganar prestigio dentro y fuera del país”.

Estas ideas fueron recogidas con toda fidelidad en el editorial del primer número de la revista, correspondiente a la primera quincena de septiembre de 1964. Significativamente, dicho editorial se titula “Nuestra posición”, y allí, entre otras cosas, se dice:

“En un mundo amenazado por la posibilidad de su propio suicidio, hacia el cual le impelen los extremos dogmáticos que hacen presa de la inteligencia y la obnubilan, el frenesí que sienten algunos por poseer y asumir toda la justicia en contra de otros, formamos parte de quienes ponen en duda esos vértigos de absoluto, esas intolerancias de inquisidor; en suma, esa pasión ancestral que mezcla lo utilitario con lo ideológico dirigida a eliminar al adversario sin formula de juicio. [...] Pensamos que el arte constituye una forma de liberación, que las posibilidades del espíritu están aún intactas, que la persona humana debe ser respetada y exaltada, que sin garantía de discrepancia no existe voluntad de convivencia y que es preferible la duda lúcida al ciego afán cesáreo de imponer alguna fe. [...] Los propósitos de esta publicación son más bien afirmativos. Nos atraen más que la negación: el sentido creador, la propensión a construir, el esfuerzo por conciliar las motivaciones, los símbolos, las naturalezas del hombre. Debido a estas finalidades no quisimos limitar nuestra publicación a una dimensión pu-

ramente estética, sino abrirla hacia otras perspectivas, como las sociológicas, psicológicas, parasicológicas, científicas, que traduzcan la tentativa del pensamiento contemporáneo por entender su propio mundo, por escapar al sino de la destrucción”.

No obstante la expresa definición como no polémica, *Zona Franca* no solo rehuyó la discusión y la controversia en diversos ámbitos de la vida humana, incluso el ideológico y el político, sino que a veces la provocó. Sin embargo, siempre mantuvo un tono ajeno a la diatriba y a la cerrazón dogmática, injuriosa y destructiva.

De *Zona Franca* se publicaron en total 126 números; pero no en forma continua, pues por diversas razones, especialmente de carácter económico, la vida de la revista se desarrolló en tres épocas. La primera época fue de 1964 a 1969, y abarcó 66 números. La segunda época se extendió de 1970 a 1973, con 22 números. La tercera y última abarcó de 1977 a 1984, y tuvo 36 números. En la primera época la revista se publicaba quincenalmente; en la segunda comenzó siendo mensual y luego pasó a ser bimensual.

En el primer número, como ya vimos, correspondió a la primera quincena de setiembre de 1964. Inicialmente, durante esta primera época, tuvo un formato grande, de medio pliego (30x43 cm) –conocido como tabloide en la terminología periodística–, con un total de dieciséis páginas. Desde el principio la revista se nutrió con trabajos de autores pertenecientes a diversos países. En el primer número se incluyeron textos de los venezolanos José Vicente Abreu, Elisa Lerner, Argenis Rodríguez, Juan Sánchez Peláez y Alfredo Gerbes, junto con los de autores extranjeros como Ignacio Silone, Octavio Paz, Nathalie Sarraute, Pierre de Place, José Marín, Yorgos Seferis y Alain Bousquet, además de notas y comentarios que aparecen sin firma. Llama la atención, por cierto, la presencia en ese primer número de José Vicente Abreu, pues este era militante activo y muy destacado del Partido Comunista de Venezuela, y estaba bastante comprometido con la línea insurreccional y la lucha armada de los sectores de izquierda a que antes nos referimos. Y aunque los textos suyos que se incluyen en la revista se referían a la lucha contra la dictadura perezjimenista, de todos modos su nombre entre los colaboradores de este primer número parecía contrastar con la expresa declaración del editorial antes citado, donde se deslindaban muy bien los campos ideológicos en que entonces se dividían los intelectuales venezolanos. En todo caso, este hecho parece dar idea de una cierta amplitud por parte de los responsables de la revista, en la aplicación práctica de su orientación ideológica explícitamente reconocida.

Hemos examinado 86 números, sobre un total de 126, lo cual constituye una muestra bastante representativa. En cuanto a la nacionalidad de los colaboradores, ya hemos dicho que la revista estuvo abierta a firmas extranjeras, junto a las nacionales. En la primera época, de un total de 416 textos examinados, 232 (55,7 %) corresponden a venezolanos, y 184 (44,2 %) a extranjeros. En la segunda época, de 402 textos, 262 (65,17 %) van firmados por venezolanos, y 140 (34,8 %) por extranjeros. En la tercera época, de 533, 352 (63,6 %) pertenecen a venezolanos, y 201 (36,3 %) a extranjeros. Puede observarse una ligera tendencia al incremento de colaboraciones venezolanas con relación a las extranjeras, lo cual no debe imputarse a cambios en la orientación de la revista en este aspecto, sino más bien a las dificultades de comunicación de nuestro país con otros países, que a veces alcanzan límites de verdadero aislamiento. (Es de advertir que en cada número aparecen textos sin firma, imputables, por tanto, a los directivos y redactores de la revista, todos venezolanos).

(Continúa en la página 3)

La revista *Zona Franca* (1964-1984)

(Viene de la página 2)

En cuanto a las materias tratadas, ya dijimos que desde el primer número se decidió dar cabida a temas variados, y no solo de carácter literario, buscando con ello abarcar la mayor gama posible de aspectos de la vida cotidiana, y de ideas que, tal como se dice en el primer editorial, “traduzcan la tentativa del pensamiento contemporáneo por entender su propio mundo, por escapar al sino de la destrucción”. Además, desde el comienzo *Zona Franca* se definió como “Revista de literatura e ideas”, lema que mantuvo hasta el final.

En las tres épocas señaladas, la frecuencia temática fue la siguiente:

Primera época: de 416 textos examinados, 233 (56%) corresponden a literatura; 18 (4,3%) a ciencias sociales (sociología, historia, antropología, etc.); 83 (19,9%) a artes (pintura, escultura, música, etc.); 18 (4,3%) a teatro. El resto (15,5%) se distribuye entre filosofía, religión, cine, ciencias naturales, etc.

Segunda época: de 402 textos examinados, 240 (59,7%) son de literatura; 65 (16,16%) corresponden a ciencias sociales; 10 (2,48%) a artes y 12 (2,98%) a teatro.

Tercera época: Entre 553 textos examinados, 400 (72,3%) corresponden a literatura; 6 (1,08%) a ciencias sociales; 5 (0,9%) a artes y 8 (1,44%) a teatro.

Como puede verse, no obstante la diversidad ofrecida desde el principio en cuanto a temas, el predominio de la materia literaria, notorio desde el número inicial, se fue acentuando a lo largo de las tres etapas de la revista. Este hecho se debió a varios factores, entre ellos la evidente facilidad de conseguir colaboradores en el área de la literatura, en la cual incluso suelen darse espontáneamente, más que en las demás.

La presentación material de la revista *Zona Franca*, como ya se dijo, comenzó con un formato grande, tamaño tabloide y dieciséis páginas, con una frecuencia quincenal. Más tarde cambió morfológicamente por un formato más pequeño de un cuarto recortado (22x28 cm), con 64 páginas. Este formato se mantuvo en las dos épocas subsiguientes, aunque variando el número de páginas, que eventualmente subía o bajaba, casi siempre manteniéndose entre sesenta y cuatro y ochenta páginas. Igualmente cambió la frecuencia de su aparición, pues al principio tuvo una periodicidad quincenal y en las siguientes épocas pasó a ser mensual, primero, y luego bimensual. Sin embargo, tal periodicidad tampoco se mantuvo rigurosamente y con frecuencia se publicaban números dobles.

Otro aspecto en que *Zona Franca* cambió muchas veces, a lo largo de sus tres etapas, fue el relativo a los responsables y encargados de su elaboración. Inicialmente, figuraban Juan Liscano como director y Guillermo Sucre y Luis García Morales en la Redacción. Más adelante dejaron de aparecer estos dos últimos y fueron figurando entre sus redactores, en forma sucesiva, Baica Dávalos, Alejandro Oliveros, Julio E. Miranda y Oscar Rodríguez Ortiz, entre otros. Quien sí se mantuvo como director fue Juan Liscano.

En cuanto al financiamiento –uno de los problemas más agudos de las publicaciones culturales en Hispanoamérica– *Zona Franca* vivió diversos momentos. Según nos explicara el propio Liscano, durante un buen tiempo la revista tuvo el apoyo financiero de un organismo oficial venezolano, una especie de subsidio a cambio del cual se le entregaban trescientos ejemplares de la revista, que ellos distribuían dentro y fuera del país. Esto permitió durante ese tiempo resolver, en parte, dos problemas esenciales, como son el del financiamiento y el de la distribución, que tradicionalmente han sido los principales inconvenientes con que han tropezado las publicaciones de este tipo en nuestros países. Más tarde esta ayuda oficial le fue suprimida, pero la revista pudo subsistir gracias

a que también tuvo alguna ayuda financiera privada, mediante publicidad pagada por importantes empresas venezolanas, aunque no en la magnitud deseable. A medida que los costos de producción fueron aumentando, mientras que la publicidad se mantenía estancada o aumentaba en una proporción mucho menor, la revista se vio en dificultades crecientes, que a la larga determinaron su desaparición, después de haber cumplido una extraordinaria labor cultural por espacio de quince años, con las interrupciones ya señaladas.

Finalmente es importante registrar que *Zona Franca* contó con la presencia en sus páginas de nombres muy valiosos de la intelectualidad venezolana, hispanoamericana y de otros países. La revista siempre se distinguió por su apertura hacia los jóvenes, tanto en lo referente a los colaboradores, como en lo tocante a los lectores, procurando siempre reflejar en sus materiales de manera especial los problemas que suelen confrontar a las nuevas generaciones, sin desdenar, por supuesto, la opinión y la valiosa experiencia de los mayores. Algunos de los jóvenes que colaboraron desde el principio con el tiempo se fueron desarrollando y madurando como escritores importantes. Otros se fueron quedando en el camino, seguramente porque diversas motivaciones los atrajeron más hacia otras actividades. Entre los nombres más destacados que figuraron en las páginas de *Zona Franca* a lo largo de sus quince años de existencia, bien como colaboradores, bien como objeto de comentarios y estudios críticos, mencionamos entre los venezolanos, a Alfredo Boulton, Isaac Chocrón, Vicente Gerbasi, Francisco Herrera Luke, Elisa Lerner, Antonio Pasquali, Enrique Bernardo Núñez, Miguel Otero Silva, Alejandro Otero, Mariano Picón Salas, Juan Sánchez Peláez, Elizabeth Schön, Pascual Venegas Filardo, Román Chalbaud, José Ignacio Cabrujas, Otto De Sola, Armando Reverón, Jesús Sanoja Hernández, Antonieta Madrid, Francisco Massiani, Humberto Mata, Domingo Miliani, Eugenio Montejo, Rafael Pineda, Francisco Pérez Perdomo, Ednodio Quintero, Armando Rojas Guardia, Alfredo Silva Estrada, Oswaldo Tre-

Elogio del diccionario

ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

De los diccionarios se ha hablado mucho, y no siempre bien. Alguien dijo una vez, y muchos lo han repetido, que el diccionario es el cementerio de las palabras. Como metáfora no está del todo mal. Solo que en este caso lo que se guarda en ellos no siempre son cadáveres. Y basta abrir sus páginas, por cualquier parte, al azar, para que, como en el afamado cuento “El médico de los muertos”, del cuentista venezolano Julio Garmendia, muchos de aquellos “cadáveres” cobren vida. No hay que fiarse demasiado de la sinceridad de los denuestos que mucha gente hace de los diccionarios. Sobre todo si se trata, como casi siempre ocurre, de escritores y demás gente de letras. Casi todos ellos, en realidad todos, por mucho que renieguen del diccionario, lo mismo que de la gramática, más de una vez terminan aterrizando en sus páginas, aunque muchos lo hagan de manera vergonzante, a escondidas y furtivamente. Por supuesto que no todos los diccionarios son iguales. Los hay muy aburridos, aunque de hecho cumplan, también ellos, una importante función, como guía del hablante acerca de las palabras con que cuenta para expresar sentimientos e ideas, y para comunicarse con los demás, independientemente del propósito de su comunicación, que puede ser muy diverso: reprender, elogiar, insultar, enamorar, pedir ayuda, expresar pena, transmitir alegría, informar sobre hechos positivos o negativos, opinar sobre lo humano y lo divino.



jo, Arturo Usler Pietri, César Zumeta, Arnaldo Acosta Bello, Rafael Arráiz Lucca, Luis Alberto Crespo, Gabriel Jiménez Emán, Antonio López Ortega, Santos López, Antonia Palacios, Yolanda Pantin, Fernando Paz Castillo y Ana Enriqueta Terán. Entre los de otros países se destacan Ida Vitale, Cesare Pavese, Mario Vargas Llosa, Roberto Juarroz, Raúl Gustavo Aguirre, Dylan Thomas, Alejandra Pizarnik, Eugenio Ionesco, H. A. Murena, Robert Musil, Gonzalo Rojas, Bertrand Russell, Ignacio Silone, José Agustín Goytisolo, D. H. Lawrence, Hector Libertella, Enrique Molina, José Miguel Oviedo, Aldo Pellegrini, Emir Rodríguez Monegal, Ernes-

to Sábato, Severo Sarduy, François Villon, Evelyn Picón Garfield, Julio Ramón Ribeyro, Giorgio Seferis, Augusto Tamayo Vargas, Leon Gontrán Damas, Vinicius De Moraes, Humberto Díaz Casanueva, Alberto Girri, Gaston Bachelard, Walter Benjamin, Antonio Cándido, Guido Cavalcanti, Constantino Cavafis, Alejo Carpentier, J. G. Cobo Borda, Umberto Eco, Julio Cortázar, Jean Genet, Juan Goytisolo, Ricardo Gullón, Enrique Lafourcade, Juan Larrea, Ángel Rama, Marta Traba, Wifredo Lam, Anna Balakian, Carlos Barral, Alain Bousquet, Maurice Nadeau, Julio Ortega, Fernando Aínsa, Claude Fell, Witold Gombrowicz, Ana Ajmátova,

José María Arguedas, Homero Aridjis, Damián Bayón, Jean-Paul Sartre, Nathalie Sarraute, Octavio Paz, Victoria Ocampo, Blas de Otero, Eduardo Mallea, Ernesto Mejía Sánchez, Mary McCarthy, Henry Michaux, Henry Miller, Lucien Goldmann, Rafael Gutiérrez Girardot, César Dávila Andrade, Roger Caillois, Albert Camus, Fernando Alegría, German Arciniegas y Jorge Luis Borges. La lista, solo parcial, da una idea de la amplitud y de la importancia de los colaboradores y de los textos que se publicaban en la revista.

*Tomado de *América: Cahiers du CRIC-CAL*. Número 15-16. Francia, 1996.

No hay diccionario perfecto. Fragmento

ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

Se ha dicho, y es cierto, que ningún diccionario está completamente al día, porque cuando cualquiera de ellos sale de la imprenta, ya la lengua ha avanzado, se ha enriquecido, ha inventado o adoptado nuevos vocablos, que, obviamente, no pueden estar en sus páginas. Eso explica, en parte, que muchos diccionarios lleven al final un apéndice con nuevas palabras, que no aparecen en el cuerpo principal, o aparecen con otras acepciones. En ello debe verse, sobre todo, el extraordinario dinamismo de la lengua, su constante movilidad, su naturaleza por definición cambiante, pues, como bien lo decía nuestro Andrés Bello en el prólogo de su *Gramática*, “Una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que estos ejercen, y de que proceden la forma y la índole que distinguen al todo”. Agreguemos que de los tres elementos, o conjuntos de elementos esenciales que forman un idioma, el vocabulario o léxico, la sintaxis y la fonética, el primero es el más dinámico, el más susceptible a los cambios, el más expuesto a las influencias exógenas. Y es aquí donde hallamos, precisamente, la cla-

ve para entender la importancia del diccionario.

Dos datos, por lo menos, justifican lo que digo. En primer lugar, el diccionario es el único instrumento idóneo para registrar, no solo la cantidad de vocablos de que un idioma dispone en un momento dado, incluyendo arcaísmos y palabras en desuso, sino también la velocidad y las tendencias con que ese vocabulario se va renovando constantemente. En segundo lugar, el diccionario es un factor principalísimo para mantener la unidad de la lengua. Esto último es particularmente importante en el caso del castellano, que, por ser el idioma nacional de una treintena de pueblos y de unos cuatrocientos millones de hablantes desparramados por diversos continentes, debe encarar siempre el riesgo de la disgregación y el fraccionamiento.

En cuanto a lo primero, es preciso tener claro que el diccionario no es, como muchos pretenden, lo que da vida a las palabras. Mal servicio hacen a la cultura lingüística –que debería ser objeto primordial de la escuela, pero desgraciadamente no lo es– quienes pretenden que una palabra no existe, o que su uso no está autorizado, porque no aparece en el diccionario, tal como se oye con demasiada frecuencia. Es todo lo con-

trario: el diccionario no autoriza ni desautoriza el uso de vocablo alguno. El diccionario es solo un registro, lo más completo posible, pero siempre imperfecto, de palabras en uso. Las nuevas palabras entran al diccionario solo después de un largo tiempo de empleo pacífico, hasta el punto de que ya aparezcan documentadas por escrito, de modo que es lógico deducir que se han generalizado y arraigado. A veces es un proceso largo, que tarda años para darle entrada a un nuevo vocablo.

Sin embargo, precisamente por aquel dinamismo de la lengua que antes mencioné, esos procesos pueden acortarse, y entonces el diccionario acoge en su seno voces de aparición más o menos reciente, pero que han corrido velozmente en el léxico de uso común. En lo cual influye mucho el extraordinario desarrollo de los medios de comunicación masiva, que divulgan con inusitada velocidad vocablos que, de ese modo, se generalizan y arraigan mucho más rápidamente que otros. Ejemplos de esto los tenemos en numerosos vocablos propios de la cibernética y de la computación, que se han ido incorporando al diccionario en sus dos o tres ediciones más recientes. ☉

*Revista de Literatura Hispánica, número 77, 2013.



ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ / ARCHIVO

REPORTAJE >> HITO EN LA HISTORIA EDITORIAL DE AMÉRICA LATINA

La Biblioteca Popular Venezolana y las colecciones

"Esta Biblioteca Popular Venezolana, a pesar de su humilde precio y factura, fue muy meritoria por la calidad de su selección y su duración. Estuvo dirigida por el Ministerio de Educación y el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA), bajo unos diez presidentes de la República"

IGNACIO ALVARADO

A todos nos gustan las listas de libros, de los mejores y más leídos, clásicos o contemporáneos, más vendidos u olvidados. Queremos saber qué es lo que vale la pena saber y a quién conocer. De allí la popularidad de las colecciones de autores u obras que de vez en cuando conseguimos en periódicos y revistas.

Cada disciplina tiene sus listas y las hay con pretensiones globales como la Biblioteca Mundial de los 100 mejores libros según 100 escritores del Club del Libro Noruego. Hay clásicos dedicados a listar selecciones de obras o autores como las colecciones biográficas de vidas de Plutarco y de Vasari o listados canónicos como el occidental de Bloom y muchos otros. Por lo tanto, no extrañan los esfuerzos editoriales por sacar a la luz colecciones entre las cuales las de “los mejores” son las más populares. Así, de las más conocidas por su prestigio y calidad está la centenaria y muy lujosa Biblioteca de la Pléiade en Francia, la inglesa Oxford World’s Classics y las norteamericanas Everyman’s Library y Library of America, que son algunas de las mejores en calidad del mundo anglosajón. Los clásicos castellanos de Espasa-Calpe y las extensas colecciones de la Editorial Cátedra son buenos ejemplos españoles.

De Latinoamérica también han salido varias iniciativas editoriales notables. Dos de largo aliento fueron la inmensa y muy variada colección Austral, argentina-española, que sumó más de 1.600 títulos, y las ediciones definitivas de archivo patrocinadas por la Unesco. Venezuela tiene el honor de haber creado dos colecciones notables, la Biblioteca Ayacucho, que no necesita presentación, y la Biblioteca Popular Venezolana, que comentaré a continuación.

Iniciativa pionera en Venezuela
Esta Biblioteca Popular Venezolana, a pesar de su humilde precio y factura, fue muy meritoria por la cali-

dad de su selección y su duración. Estuvo dirigida por el Ministerio de Educación y el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA), bajo unos diez presidentes de la república.

Nace en 1945 de la mano de Mariano Picón Salas, con el objetivo de editar obras venezolanas que constituyan un claro panorama de nuestra cultura “al alcance de las más reducidas posibilidades económicas”.

Durante un cuarto de siglo y hasta 1969, se editaron 124 títulos en un formato similar, que varió de acuerdo a las distintas imprentas, pero siempre con la medida de 15 x 18 cm (lo que entre los impresores se denomina octavo).

Muchos de sus libros fueron entregados sin costo. Los que no, se vendían a medio bolívar. Los primeros 19 volúmenes se produjeron en la imprenta Balmes, en el pueblito Rauch, de la provincia de Buenos Aires. Del 20 al 35 salieron de la Imprenta Nacional. Del 36 en adelante se imprimen en varios lugares en Argentina y España: Edime, Editorial Nueva Cadiz, Guadarrama, Imprenta López. Hasta el 105 se imprimen bajo la Dirección de Cultura y Bellas Artes. A partir de allí, 1966, el INCIBA se hizo cargo y se imprimen en nuestro país, en empresas como Cromotip, Arte y Venográfica.

Que apenas haya cinco mujeres – Teresa de la Parra, Jeanne De Tallenay, Isabel Aretz, Ida Gramcko y Lucila Velásquez– dice mucho de la época y de la edad de la colección. Por cierto, De Tallenay y Ulrich Leo son los únicos extranjeros de la colección, pues Aretz al menos fue nacionalizada.

Unos 60 son de nombres consagrados, una veintena son personalidades más o menos conocidas. Hay una docena de antólogos, biógrafos o autores varios. Hay otra docena curiosa de nombres muy poco conocidos. ¿Cuántos de ustedes conocen la obra de Martiniano Bracho, Andrés Mariño Palacio, José Tadeo Arreaza Calatrava, Ángel Miguel Queremel, Hernando Track, José Antonio Escalona Escalona, Rafael Yepes, Jesús Rosas Marcano o del poeta Luis Castro?

La colección es claramente literaria a pesar del deseo de dar un panorama global de nuestra cultura; hay poco o nada de ciencias sociales –ni hablar de las ciencias naturales– tec-

nología o comercio, lo cual se entiende dada la escasez de estos temas en nuestro país.

Tampoco hay nada de política ni economía a pesar de la amplia producción de obras especialmente en el siglo XX. Nada de arte o música, lo cual llama la atención. Nada de religión aunque este es prácticamente el único tema en la colonia, larga etapa de nuestra historia que apenas aparece en la antología de Morón.

Como esta es una reseña de una colección, creo que vale la pena listar los títulos editados. Inicialmente se trató de separar todo en tres series: novelas y cuentos, historia y biografía y, finalmente, antologías y selecciones. Luego ya no se diferenciaron las categorías pero podemos agruparlas así:

-19 tomos de cuentos o material folklórico de Julián Padrón, Antonio Arráiz, José Eustaquio Machado, Rafael Olivares Figueroa, Pedro Emilio Coll, Manuel Felipe Rugeles, Eduardo Carreño, Julio Garmendia, Tulio Febres Cordero, Guillermo Meneses, Miguel Cardona, Isabel Aretz, Arturo Croce, José Rafael Pocaterra y Oscar Sambrano Urdaneta.

-17 novelas: *Las memorias de Mamá Blanca*, *Peregrina*, *Memorias de un vividor*, *Las lanzas coloradas*, *El mestizo José Vargas*, *Cubagua*, *En este país*, *Peonía*, *El sargento Felipe*, *Anaida*, *Cumboto*, *Fiebre*, *La selva*, una selección de Julio Rosales y tres de Gallegos: *Cantaclaro*, *Pobre negro* y *Doña Bárbara*.

-28 tomos de poesía: una mitad de autores muy conocidos, como José Antonio Pérez Bonalde, Enriqueta Arvelo Larriva, José Antonio Armas Chitty, Job Pim, Fernando Paz Castillo, Luis Beltrán Guerrero, Vicente Gerbasi, José Antonio Ramos Sucre, Juan Liscano, José Ramón Medina, Aquiles Nazoa, Lucila Velásquez, Luis Pastori, Benito Raúl Losada y Antonio Arráiz.

La otra mitad son nombres que, apostaría a que la mayoría de los menores de 50 años, no conocen: Antonio Spinetti Dini, Luis Barrios Cruz, José Manuel González, Pablo Rojas Guardia, Pedro Pablo Paredes, Martiniano Bracho Sierra, José Tadeo Arreaza Calatrava, Ángel Miguel Queremel, Jesús Rosas Marcano, José Antonio Escalona-Escalona, Francisco Salazar Martínez y Luis Castro.



JOSÉ TADEO ARREAZA CALATRAVA / ARCHIVO

-24 ensayistas entre los cuales, de nuevo, algunos vigentes o recordados como Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri, Augusto Mijares y Fernando Paz Castillo, pero la mayoría oscuros u olvidados como Ismael Puerta, Felipe Massiani, Héctor Villalobos, Félix Núñez, Oscar Rojas, Claudio Vivas, Héctor Cuenca, Leo Ulrich, Cipriano Heredia o Rafael Yepes.

-23 títulos de variados historiadores.

-12 biografías y apenas una pieza de teatro (de Ida Gramcko).

Monte Ávila Editores, desde su comienzo, imitó a la Biblioteca Popular Venezolana con la Biblioteca Popular Eldorado, 101 libros de menor calidad en la encuadernación y más ecléctica en la selección.

Aparecen aquí apellidos “nuevos”: Pedro Berroeta, José Balza, Ángel Rosenblat, Eduardo Liendo, Domingo Miliani, Juan Ángel Mogollón, Gustavo Díaz Solís, Levy Rossell, Oswaldo Trejo, Mariela Álvarez, Salvador Garmendia, Adriano González León, José Rafael Heredia, Renato Rodríguez, Antonia Palacios, Alfredo Armas Alfonzo y Jesús Semprún.

En 2005, la nueva Monte Ávila presentó la Biblioteca Básica de Autores Venezolanos con medio centenar de títulos (tirajes de 35 mil ejemplares), queriendo rescatar la Biblioteca Popular Venezolana y dirigiéndose principalmente a jóvenes.

Aquí aparecieron Francisco Massiani, Víctor Bravo, Víctor Valera Mora, Denzil Romero, Aníbal Nazoa, Sáel Ibáñez, Antonieta Madrid, Laura Antillano, Juan Calzadilla, Rodolfo Santana, Ana Enriqueta Terán, Gustavo Pereira, Pálmenes Yarza, Ramón Palomares, Eduardo Liendo y –no podía faltar pues es una obligación para cualquier iniciativa estatal– algo de Simón Bolívar, Francisco de Miranda y Simón Rodríguez. Este detalle, algo incongruente y anacrónico, dice mucho de nosotros.

Un buen ejercicio es intentar ha-

cer nuestra lista personal o buscar cuáles nombres tacháramos y cuáles agregaríamos a las listas precedentes. Estoy seguro de que hay muy poco que cambiar al listado de la Biblioteca Popular Venezolana y de Monte Ávila Editores, aparte –claro está– de los escritores posteriores. Algunas de las preguntas interesantes que deberíamos contestar son aquellas relacionadas con la cronología: ¿no incluiríamos nada (o casi) del siglo XIX? ¿Nada de los 300 años de la etapa colonia? Y sobre el contenido: ¿solo incluiríamos obras literarias? ¿Mantendremos la abrumadora mayoría de novelas y relatos?

Creo que no falta ningún intelectual que haya marcado huella, salvo los más recientes como los fallecidos Manuel Caballero, José Ignacio Cabrujas e Ibsen Martínez, y muchos en plena producción.

Cada cual debería hacerse su lista de imprescindibles como lo hizo varias veces Jesús Sanoja Hernández, culto como pocos y quien en su listado de 50 imprescindibles incluyó autores populares como Francisco Herrera Luque y no literarios como Alfredo Boulton o Carlos Raúl Villanueva. Tuvo Sanoja amplitud para incluir historiadores, verbigracia José Gumilla, Oviedo y Baños, y José Antonio Gil Fortoul; políticos como Fermín Toro, Alberto Adriani y Rómulo Betancourt; José Antonio Calcaño como músico, españoles como Juan de Castellanos, el mismísimo Cristóbal Colón, al igual que otro paisano nacionalizado, Juan Nuño.

Fue capaz Sanoja de incluir cuatro representantes de la ciencia: Alexander von Humboldt, Henry Pittier, Agustín Codazzi y Luis Razetti. Estos dos ejemplos, los extranjeros y la ciencia, muestran algunas de las dificultades de la elaboración de cualquier lista de los mejores o más importantes representantes de la cultura de Venezuela. Sin duda los responsables de la Biblioteca Popular Venezolana, en sus distintas épocas, lo hicieron muy bien. ☛



JESÚS ROSAS MARCANO / ARCHIVO



PABLO ROJAS GUARDIA / ARCHIVO



ENRIQUETA ARVELO LARRIVA / ARCHIVO

REPORTAJE >> GARCÍA MÁRQUEZ, FINA TORRES Y PEDRO LEÓN ZAPATA

Fina Torres y Pedro León Zapata: 50 años de *El otoño del patriarca*

"El destino cruzó a estos dos venezolanos con García Márquez y con su dictador novelado. Y tenía que ser así. Puesto que la idea de la novela se le había ocurrido a García Márquez en Caracas. En enero de 1958. En el Palacio de Miraflores. Cuando vio a uno de los últimos militares leales al depuesto dictador, Marcos Pérez Jiménez, ensuciar la alfombra impoluta con sus botas llenas de barro, mientras retrocedía, caminando de espaldas, y con la ametralladora en la mano"

JUAN CARLOS ZAPATA

Fina Torres me contó que la fotografía la tomó mientras Gabriel García Márquez y Plinio Apuleyo Mendoza caminaban por las orillas del río Sena. Tal vez debajo del Pont Neuf. Era noviembre de 1974. *El otoño del patriarca* se lanzaría en marzo de 1975 y en la contraportada de aquella primera edición, la foto del autor aun con el cabello y los bigotes negros y abundantes, esponjosos, metido en un abrigo también negro. Fina Torres tenía 20 años y trabajaba con Mendoza en la agencia de noticias fundada por él mismo, Corresponsales Asociados, nombre excesivo para una firma en la que aparecían solo él y ella.

Pedro León Zapata me contó que al cabo de la ceremonia de entrega del premio Rómulo Gallegos a Mario Vargas Llosa en agosto de 1967 por *La casa verde*, Gabriel García Márquez aceptó la invitación de acompañarlo a su taller donde, le dijo Zapata, tenía unos cuadros que serían exhibidos en la exposición con motivo del Cuatricentenario de Caracas.

Después de verlos todos, no hizo otro comentario que este: “Eso es arte popular”. Como era el tiempo del auge del arte pop, Zapata entendió la referencia, y ambos rieron. García Márquez nada más dijo, lo cual desilusionó a Zapata que, pasado el tiempo, se olvidó del tema y creía que García Márquez también lo había olvidado. Pero no. Hacia mediados de 1974 le escribió una carta desde Barcelona en la que le dijo que estaba a punto de terminar una novela sobre Juan Vicente Gómez y no se acordaba dónde carajo había visto una pintura sobre el personaje, y esa pintura le gustaba para la portada del libro. La expresión fue esta, “dónde carajos”.

Era la primera vez que se incluía una foto en una novela de Gabriel García Márquez. Y era la primera vez que se editaba una de sus novelas en tapa dura. Era la primera vez que un autor en castellano sería editado en tiradas de feria. De la primera edición de Plaza & Janés, Barcelona, marzo de 1975, se imprimieron 300 mil ejemplares. Y allí, en la contraportada estaba la imagen, y el crédito. *Foto: Fina Torres*.

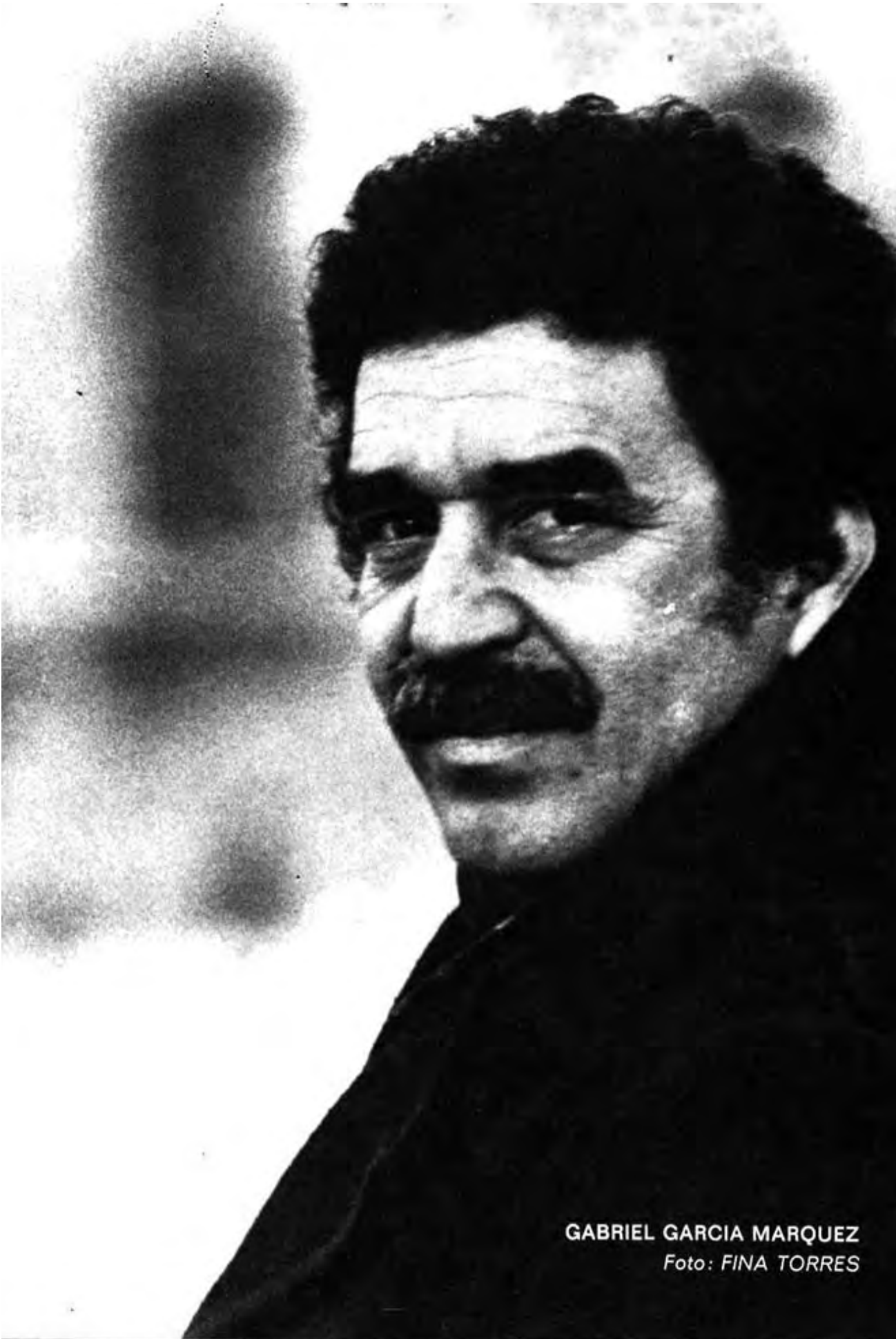
García Márquez llegó a decirle a Zapata que la pintura, el cuadro de Gómez con guantes negros abrazando cuatro niños, “sintetiza lo que yo quiero decir en mi libro”. A su editor que le preguntó por qué tanto empeño en esa pintura, le respondió que “todas las portadas están hechas para los libros, pero este libro está hecho para esa portada”. García Márquez y Zapata se vieron en octubre en Caracas. Hablaron y llegaron a un acuerdo. Pero la pintura no la tenía Zapata. La había vendido al periodista Augusto Hernández. Pero este se había divorciado, y en malas migas. Esta situación retrasó fotografiar la pintura. Cuando la diapositiva llegó a Barcelona era demasiado tarde. La editorial se había decidido por una

ilustración “horrible”, decía Zapata, de Joan Minguell. Pero no todo estaba perdido. Sudamericana de Buenos Aires pondría la pintura como portada de la edición para América Latina. La tirada fue de 100 mil ejemplares.

El destino cruzó a estos dos venezolanos con García Márquez y con su dictador novelado. Y tenía que ser así. Puesto que la idea de la novela se le había ocurrido a García Márquez en Caracas. En enero de 1958. En el Palacio de Miraflores. Cuando vio a uno de los últimos militares leales al depuesto dictador, Marcos Pérez Jiménez, ensuciar la alfombra impoluta con sus botas llenas de barro, mientras retrocedía, caminando de espaldas, y con la ametralladora en la mano. Además, a pesar de haberse leído casi toda la literatura sobre dictadores, el modelo que tenía en la cabeza era Juan Vicente Gómez. García Márquez vivía en Caracas desde el 28 de diciembre de 1957 y en enero se había incorporado al equipo de reporteros de planta de la revista *Momento*, de la que, desde Europa, era colaborador. Plinio Apuleyo Mendoza era el jefe de Redacción. Todo encajaba.

Fina Torres conoció a Plinio Apuleyo Mendoza en casa de Soledad Mendoza, su hermana. Fina trabajaba en *Séptimo Día*, suplemento dominical del diario *El Nacional*, que dirigía Simón Alberto Consalvi y diagramaba Soledad. Era 1972. Fina era una jovencita inquieta. Me contó que había empezado a estudiar periodismo en la Universidad Católica Andrés Bello. Otro joven, Igor Molina, becado en el suplemento por Consalvi, la recomendó a Soledad, y allí comenzó; y coincidió que Plinio Apuleyo Mendoza regresaba a Venezuela en 1973 a trabajar con el Bloque De Armas, a dirigir la revista *Bohemia*, y el ya consagrado exdirector de la revista *Libre* de París, y amigo y compadre de García Márquez necesitaba dos asistentes, pero la inquieta y espabilada Fina le apuntó a Soledad que buscara solo una, porque la otra era ella. Y así se subió al tren de Plinio. “Bonita, muy joven, casi una niña, vestida siempre de cualquier manera y con ojos llenos de sueño, sus fotos, magníficas, sabían rodear a temas y personajes de una atmósfera, un halo y un carácter muy particular”, escribió Plinio Apuleyo Mendoza muchos años después en el diario *El Tiempo* de Bogotá. (Archivo digital).

Desde 1965, Zapata era el caricaturista oficial del diario *El Nacional*. Estudió pintura en México y era pintor, muralista y caricaturista. Era filósofo y era genio. Con motivo de la aparición de *Cien años de soledad*, dibujó seis ilustraciones que se incluyeron en una edición especial de la *Revista Nacional de Cultura*, y todas son geniales, y todas le gustaron a García Márquez, que en varias de ella, es la figura principal, un personaje de Macondo. Zapata solía decir que *Cien años de soledad* era un libro sagrado. “Cada obra maestra es única”, me dijo. Zapata murió en 2015.



GABRIEL GARCIA MARQUEZ
Foto: FINA TORRES

Hizo una serie de cuadros del dictador con los que se montaron exposiciones y el Banco Latino editó un libro, *Los Gómez de Zapata*, prologado por Consalvi. La imagen de aquellos Gómez forma parte del imaginario colectivo del venezolano que ha ido envejeciendo y muriendo, de modo que no es casual el impacto que causó en García Márquez, conocedor de la política y el poder en Venezuela. En 2002, Soledad le obsequió un Gómez pintado exclusi-



vamente para él, y García Márquez recibió el cuadro, señalándole a Zapata, “eres un genio”. Esa pintura fue a parar al salón principal de su casa en ciudad de México, y Zapata me contó por allá en 2006 que no sabía de la suerte de la pintura, y lo supo cuando le mostré una entrevista reciente que le habían hecho a García Márquez en la revista dominical de *La Vanguardia* de Barcelona, y allí estaba el cuadro, haciendo juego con las fotos familiares, con las fotos de los nietos, y Zapata estaba orgulloso y satisfecho de ese destino, y ese privilegio.

Estaba instalado Plinio Apuleyo Mendoza en *Bohemia* cuando ocurre el golpe contra Salvador Allende. Se lleva a Fina Torres para Chile. Y escribió Plinio y me contó Fina las peripecias de aquel viaje. De un avión que en principio no pudo aterrizar en Santiago y tuvo que hacerlo en Lima, y de allí a Tacna, y luego la frontera, y Arica, y después un taxi para cruzar el desierto, y el taxi se descompuso, y lo compusieron, y llegaron a Antofagasta, y aquí casi que los matan los militares porque Fina, me contó, sacó la cámara y quiso tomar fotos con un teleobjetivo gigantesco. Se salvaron de milagro en aquellas tierras de golpe de Estado y toque de queda.

Coincidieron en Santiago con la

muerte de Pablo Neruda. Y Fina se lució con las fotos, y Plinio con lo que escribió. Un reportaje que no sería publicado en *Bohemia*, porque al editor le pareció fiambre, y Plinio tuvo que publicarlo en *Triunfo*, apareció en Madrid, en la edición del 10 de noviembre de 1973, la cual es posible conseguir en el archivo digital, y es excelente el texto, y son maravillosas las fotos, de las primeras que se le hicieron al poeta muerto, en su ataúd. RELATO DE UN TESTIGO, “Aquel adiós a Neruda”. Son el antetítulo y el título en primera página. Después, Fina Torres se fue con Plinio para París, y en la agencia, él entrevistaba y ella hacía las fotos de García Márquez, Julio Cortázar, Fernando Botero, Carlos Cruz-Diez, Manuel Scorza, Jesús Soto. Y comenzó a estudiar cine en el Institute des Hautes Études Cinématographiques, IDHEC, y se hizo cineasta, y en 1985, dirigió *Oriana*, premiada en Cannes, y ahora vive en México. Se hizo amiga de García Márquez, y hasta se plantearon un proyecto conjunto en la Fundación de Nuevo Cine Latinoamericano en Cuba: que Fina Torres filmara un cuento que nunca publicó. Pero se pelearon. Se pelearon por el guion. Fina le dijo cosas. “Fue horrible. Yo era muy joven. No tenía pelos en la lengua”. Le dijo cosas, pero nunca le habló del punto. ☹

ENSAYO >> SOBRE LA ENCUESTA DE CONDICIONES DE VIDA

9 notas sobre la Encovi

La serie de Encuestas de Condiciones de Vida (Encovi) –2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022 y 2023–, es una fuente fundamental para aproximarse a las realidades sociales y económicas de lo ocurrido en Venezuela durante la última década

JEUDIEL MARTÍNEZ

...la luz que llega a nuestros ojos lleva información sobre los objetos que ha atravesado; el color del mar tiene información sobre el color del cielo que lo cubre; una célula tiene información sobre el virus que la ataca...

Carlo Rovelli
“Signos y síntomas (2014-22)”

Hace tiempo sabíamos que no era revolución o que, si lo era, había sido una terriblemente corrompida y falsificada. Ciertamente no revolución tecnológica o científica que ampliara los horizontes humanos porque, como cualquier otro régimen venezolano (y más que ningún otro), el chavista importaba civilización a cambio de saquear lo que está en las entrañas de la tierra. Hasta intentó importar “fábricas de fábricas” y “fábricas de satélites” de las que no hay mucho que hablar, además de sobre el dinero que hicieron desaparecer.

Ciertamente no política que trajera nuevas libertades y potestades para la gente, porque las nuevas que fueron prometidas no llegaron y las que ya existían se limitaron poco a poco: la constitución del 99, de la que su autor se cansó tan rápido, quedó como novela o cuento de hadas más que como guion para las instituciones de una nueva república.

Y, finalmente, especialmente, no social, porque la igualdad como equiparación de las condiciones de vida básicas –la dignidad– que sustenta la pluralidad de las personas estaba tan lejos entonces como había estado antes y, eventualmente, más lejos que nunca.

Desde 2014, apenas terminando los años de Chávez, la Encuesta de Condiciones de Vida demostraba lo que su coordinador, Luis Pedro España, tenía años diciendo: que no se había superado la pobreza sino que vivíamos en una gran burbuja que inevitablemente explotaría. Luego, desgraciadamente, acabaría mostrando cómo el colapso de esa gran burbuja causó un cambio tanto o más profundo que el ofrecido por la demagogia gubernamental solo que en sentido opuesto.

La Encovi, ya en sus primeras ediciones, mostró que, en términos de pobreza, el cambio no era tan dramático como se nos decía que había sido, que de hecho era precario, que tenía que ser sostenido, como todo el país, por el loco influjo de petrodólares. Se convierte en una denuncia precisamente porque es una *semiología* (en el buen sentido de la medicina y no en el de algunos horrendos departamentos literarios) que detectó los signos y síntomas del desastre que cambió al país.

Un ojo morado o una huella dactilar son signos que trazan una trayectoria por donde pasa información que no es más que la correlación entre el golpe y la órbita del ojo o entre el dedo, la tinta y el papel. La Encovi no hace más que la correlación entre unas cifras, el habla de las personas y la forma como esas personas viven. Y esas cifras y gráficos, símbolos, que nos informan sobre nuestra condición, se convirtieron en una denuncia tan devastadora como las fotografías de aquellos que acabaron buscando comida en el basurero, tal vez más porque colocaban esos horrores y tristezas en un contexto, mostrando que no eran aislados o contingentes.



DE LA SERIE NEVERAS VACÍAS / @ DANIEL HERNÁNDEZ



DE LA SERIE VENEZUELA DEPRESIÓN / @DANIEL HERNÁNDEZ

Sartenes de pobre (2014)

“Leche, lácteos, leguminosas están disminuido en todos los estratos y el huevo desapareció de la mesa de los pobres” dice lacónicamente la primera Encovi. Hay algo de humor negro y grueso allí porque nuestros más vulgares refranes decían que en los sartenes de los pobres nunca faltaban los huevos. Esa progresiva desaparición de la proteína era un signo más de la reducción dramática de la industria alimenticia, tras una década de importaciones y nacionalizaciones, que de la caída del precio del petróleo, que apenas iniciaba cuando, entre julio y septiembre de 2014, fue levantada esta Encovi rescatando el proyecto de la Encuesta Social de 1998.

Pero las primeras páginas de la primera Encovi nos muestran que, incluso antes de que con los Clap la burocracia comunal fuera forzada a hacer el trabajo que solía ser de los supermercados, antes de que PDVAL y MERCAL desaparecieran, había una alimentación precaria e insana en que la harina y la grasa se consumían más que la proteína animal y vegetal.

Parece también cosa de humor negro que se puede estar obeso y desnutrido cuando el cuerpo solo acumula calorías sin recibir proteínas y minerales. Y esa Encovi muestra, para peor, que los pobres no solo comían más harina y grasa que proteínas sino que eran, como tendencia, más sedentarios. De hecho, entre los *cluster* (grupos) de consumidores, según la Encovi 2014, solo el más alto tenían la carne y el pollo entre los productos con más frecuencia de compra.

Era esta la cultura del cadivismo, el pdvalismo y el mercalismo de la moneda fuertemente subsidiada, de la importación de alimentos como alta política de Estado, cultura floreciente en los años en que la pobreza parecía finalmente bajar del 30 y, aun así: “La dieta básica es de baja calidad. Los alimentos que compran los pobres son calóricamente más densos, más baratos, están regulados y se expenden en las redes públicas de distribución”.

Peor todavía: “Vegetales y frutas solo aparecen en la lista de los estratos altos y 11% de los encuestados están en situación de hambre y 39% de todos los que realizan menos de tres comidas, pertenecen a los sectores más pobres”.

¿Era este el estado lamentable de la Venezuela previa al desastre o es que el desastre ya había comenzado, y la continua transfusión de petrodólares no nos dejaba verlo?

La encuesta cuestionaba explícitamente a sus entrevistados, pero indirectamente al legado socio-económico de Chávez: “El 37% de los ocupados son trabajadores informales”, decía la Encovi y esa, la más grande categoría de ocupación, era seguida por la burocracia, con 29 %. Esos informales, por supuesto, no tenían casi acceso a la seguridad social pero el problema es que, incluso entre los formales, “Seis de cada 10 trabajadores no tienen estabilidad laboral lo que atenta contra sus condiciones de vida, operaban sin prestación laboral alguna” y “80% no está afiliado a sindicatos (...) Más de la mitad de los trabajadores carecen de los beneficios que cualquier empleo debe otorgar”. Socialismo sin seguridad social pero sí con abundantes nacionalizaciones.

La cadena causal que sacaba los huevos de los sartenes de los pobres no era ni es, obviamente, lineal, muchos cauces se unen en la “pobreza de ingreso”, pero uno de los más potentes es el de la educación (o, de la falta de ella) y ahí, una vez más, la Encovi desafiaba más de una década de discursos oficiales: “En las edades extremas relacionadas con el acceso a la educación inicial y universitaria, las inequidades sociales son bastante marcadas”.

Mientras que otros gobiernos de la “Ola Rosada” habían aumentado el acceso a la educación universitaria, en Venezuela menos del 50% de los jóvenes de los tres quintiles más pobres continuaba su educación después de los 18 años. De hecho, solo un 20% del 20% más pobre lo hacía. He ahí lo que era el legado a menos de un año de la muerte del Comandante.

Líneas de la pobreza (2015)

Pobreza es simplemente la falta de medios. Lo cual no quiere decir que los pobres se definan por sus carencias sino por su relación con esos medios de los que están privados y los que tienen que inventar para sobrevivir a las privaciones. Sea cual sea la definición que hagamos de la “lucha contra la pobreza”, el hecho es que el chavismo no había dado a los pobres medios de

producción, educación, capital o cualquier otro medio para dejar de ser pobres. Ni siquiera, y a pesar de todo el *cash* disponible, se intentó una política como la de Bolsa Familia de Brasil (tal vez porque habría disminuido la dependencia del estado).

Por el contrario, una multitud de subsidios indirectos y una moneda sobrevaluada fueron usados para disminuir la pobreza (o sus efectos) coyuntural y parcialmente. Pero, cortado el chorro de petrodólares llegó la gran pobreza y así en el año 2015 ya la Encovi no pudo trazar su línea de pobreza determinada por el precio de la canasta básica: “La estructura de precios en Venezuela está absolutamente distorsionada (...). La aparición de mercados secundarios o negros, en los cuales se abastece un número indeterminado de consumidores, hace imposible saber cómo es la estructura y pesos relativos de las canastas de consumo”.

Aunque muy discontinua, la secuencia entre la Encuesta Social del 98, la Encovi del 2014 y la del 2015 mostraron cómo se había pasado de un cambio casi nulo entre el 98 y el 2014, a otro muy extremo entre 2014 y 2015: un 45% de hogares pobres en el 98 se había convertido en 48% en 2014 y 75% en 2015. Lo cual, en esencia, quería decir que “cerca de 23 millones de venezolanos tienen problemas para satisfacer sus necesidades desde el ingreso, pero también que todos los pobres no extremos del 2014 pasaron a ser pobres extremos y la mitad de los no pobres de 2014 pasaron a ser pobres en 2015”.

Es verdad que, excepto por los años del paro, el chavismo había logrado que la pobreza se mantuviera por debajo del escandaloso 40% en que la dejó la vieja república, pero, en medio de dos *boom* petroleros seguidos y con las más óptimas condiciones geopolíticas y económicas, habría sido razonable esperar mucho más que eso. Sin embargo, solo entre 2007 y 2010 logró el gobierno de Chávez que la pobreza afligiera a menos de un tercio de la población. En realidad, esa nueva república, que envejeció tan rápido, ni siquiera logró mantener la pobreza alrededor del 30% y en 2014 ya se disparaba a 52% y en 2015 a 75%.

Ya la pobreza estructural (a la que en encuestas posteriores añadirían la multidimensional), que implica carencias relacionadas a las dimensiones físicas de la ciudadanía (vivienda, infraestructuras, hábitat etcétera), pero también al ambiente educativo, “aumentó de 21,3% en 2014 a 29,1% en 2015”. Es decir, el campo de desastre multiplicó la pobreza: “2014 y 2015 han sido los dos peores años de contracción de ingresos que ha tenido el país en toda su historia socioeconómica. Hoy 73% de los hogares y 76% de los venezolanos están en pobreza de ingresos”, dicen las conclusiones de la Encovi 2015.

Es verdad que, en lo inmediato, la gran pobreza fue producto de la caída, increíble, del ingreso, y de una contracción sin precedentes del PIB. Pero esa no era simplemente una crisis económica sino un tipo de colapso que podríamos llamar “logístico-institucional”, porque no solo estaba devaluada la moneda como valor económico sino como institución, y no solo nos faltaba el dinero sino los medios para hacerlo circular: escasez de billetes, colapso de puntos de venta, cajeros automáticos y banca digital, etc.

Era sí, una terrible crisis económica, pero solo parte de un nuevo tipo de colapso ambiental: de los ecosistemas artificiales (ciudades, infraestructuras e incluso instituciones) de los que depende nuestra vida: un colapso general de los medios que incluso cambió nuestros cuerpos.

Ni pan ni circo (2016)

Algunas de las declaraciones más lacónicas de las Encovi son las más terribles y si esa capacidad de empaquetar la tragedia en pocas palabras es elocuencia, entonces la de 2016 es tan virtuosa como los gracos, aquellos tribunos que denunciaban los dolores de la plebe romana: “de un gran número de romanos ninguno tiene ara, patria ni sepulcro de sus mayores”, decían los gracos según Plutarco, “Aproximadamente 9,6 millones de venezolanos ingieren dos o menos comidas al día (...). Se desploma la compra de alimentos (...). Cambio brusco en el patrón de alimentación, hortalizas y tubérculos desplazan a las proteínas de alto valor biológico...”, decía la Encovi según le informaban sus entrevistados. Pero tal vez la más terrible y elocuente de esas frases resume a las demás: “74,3% de los entrevistados refieren pérdida de peso no controlada (8,7 Kg) en el último año y los más pobres 9 Kg”.

(Continúa en la página 7)

9 notas sobre la Encovi

(Viene de la página 6)

Registrando, computando y enumerando respuestas concretas de un tiempo reciente, sin duda la Encovi es más precisa que Plutarco, pero aun así nos recuerda al discurso de Graco, por muchas razones, incluso porque nada había más plebeyo que la “cola del pollo” en la cual cabía preguntarse si era que ya no teníamos patria, como los plebeyos de Roma, o la teníamos demasiada porque la palabra había sido falsificada hasta el delirio por césares fantaseados de gracos.

En aquellos tiempos era a la vez evidente y *vox populi* (¿o *vox plebis*?) que estábamos, colectivamente, en una especie de dieta: algunos pararon de comer de más y otros de comer lo necesario. Las siluetas cambiaban, las historias de racionamiento de comidas, los menús de yuca, los relatos de los que se acostaban con hambre o le pasaban su comida a los niños eran comunes: acompañaban, como ecos, a las enormes colas en las que las que cientos de miles pasaban sus días.

Nuestra reciente delgadez, la ropa más ancha, la apariencia magra de los otros, informaba sobre nuestra relación con los alimentos porque las carencias informaban nuestras vidas. Y las cifras –que simbolizan las magnitudes– y los gráficos –que simbolizan las cifras– de la Encovi ahora nos informaban lo que esa delgadez significaba como fenómeno colectivo, como correlación entre todas nuestras dietas y adelgazamientos y con la cadena de acciones que nos hizo comer menos en el país donde otrora la carne y el pollo baratos de Mercal eran el eje de los festivales burocráticos del pan y circo criollo. Y ahora estábamos a régimen y sometidos a la infamia de las colas y de los bachequeros de la que tantos chistes y memes hicimos, porque qué más íbamos a hacer, hermano querido, además de la cola que lleva ya 4 horas y yo no fui a trabajar hoy, pero parece que ya se acabó el pollo, el c... de la madre.

“La inseguridad alimentaria está presente en el 93,3% de los hogares, porque el ingreso no alcanza para comprar alimentos”, de hecho, solo 376 personas entre los encuestados dijeron que sus ingresos les alcanzaban para la compra de alimentos contra 5.982 que dijeron que no, lo que hacía un rotundo 93.3% que no ganaba suficiente para comer. No solo no había suficiente dinero para producir o importar comida sino que no había suficiente proteína para todos nosotros.

Toda una cultura y una industria de esa escasez proteica se formó en semanas con las colas y los revendedores llamados “bachequeros” como instituciones fundamentales, hasta que el gobierno, preocupado de aglomeraciones con las que arriesgaba el motín y el desorden (especialmente cerca del palacio del gobierno) creó su propia institución, original, totalmente madurista: el Comité Local de Abastecimiento y Producción que acabó por sellar la tendencia (detectada por las Encovi anteriores) que había ido reduciendo las misiones a operaciones para la venta de alimentos y administró las colas e implantó una nueva burocracia, servil y tiránica, en la vida de la mayoría.

La multidimensional (2017)

“La Encovi 2016 marca un hito porque en esta edición se incorpora un cambio importante como es la ampliación del tamaño muestral a más de 6 mil hogares. La de 2017 mantuvo, en términos generales, el mismo diseño metodológico” que la anterior, pero introduciendo ahora las variables migratorias y con un cambio no menor en los conceptos: el de pobreza estructural por pobreza multidimensional.

En términos de la pobreza de ingreso, es decir, de la expresión de nuestros medios y posibilidades en el dinero que recibimos, no debió sorprender a nadie que en el año de la hiperinflación (cuando las primeras sanciones dieron el tiro de gracia a una moneda ya moribunda y a un crédito internacional agotado), esta aumentará significativamente. Aumento registrado en la Encovi con una de las frases más terribles en la historia de las ciencias sociales latinoamericanas: “La pobreza por ingreso es de 87%. En un contexto hiperinflacionario como el actual, todos los hogares venezolanos están por debajo de una línea de pobreza inalcanzable”.

El cálculo multifactorial de la pobreza en primer lugar combina medidas de pobreza estructurales (necesidades básicas insatisfechas) y coyunturales (línea de ingreso) nos lleva más allá del dualismo de lo estructural y lo coyuntural (que termina siendo relativo a la perspectiva) hacia la cuestión de las múltiples privaciones que un hogar o una persona padecen: las dimensiones de la pobreza (vivienda, servicios, estándar de vida, educación, trabajo y protección social) son de hecho relaciones que sostenemos con la



DE LA SERIE CIUDADANOS FANTASMAS / ©DANIEL HERNÁNDEZ

materia, energía e información que nos rodea.

Todas esas dimensiones, en la práctica, implican medios con los que la gente, si es pobre, sostiene una relación de privación más o menos grande: “Si un hogar sufre múltiples privaciones (25%) de estas condiciones se considera pobre (...). La pobreza es más severa cuanto menos condiciones se satisfagan”. Es fácil constatar que la pobreza es no solo un mundo, sino la relación con el mundo que rodea a esa pobreza y estas nuevas mediciones (que también son detecciones) permiten estudiar esa relación.

Así que si para 2017, según el ingreso, la pobreza era del 87% (o sea que prácticamente 9 de cada 10 venezolanos no podían costear la cesta básica) y el de necesidades básicas insatisfechas 32,7 % (es decir que un tercio de los venezolanos experimentaron privaciones de vivienda, servicios sanitarios, educación básica o ingreso mínimo), la multidimensional era de 51.1 % (es decir, que al menos la mitad había sufrido múltiples privaciones) y en conjunto que: “Hasta el 2016 la pobreza reciente se desaceleró y la crónica aumentaba. En 2017 el impulso inflacionario ha incrementado nuevamente la pobreza reciente”.

La pobreza crónica es aquella que une las necesidades básicas insatisfechas y la pobreza de ingreso mientras que la reciente es simplemente la pobreza de ingresos. Para entonces la onda de empobrecimiento era empujada principalmente por la caída del ingreso: “Del total de pobreza poco más de la mitad (56%) es reciente y 30% crónica”. Pero era previsible que se formara una nueva estructura social: “Si se mantiene el empobrecimiento como hasta ahora, año a año, el peso de la pobreza reciente será menor, el de la crónica mayor y en consecuencia a los hogares les costará mucho más salir de la pobreza”. Está anticipación resultó correcta como lo mostró la última Encovi.

El hecho es que la expansión de las pobreza puede ser vista como el producto directo de una catástrofe ecológica pues, como ya veía McLuhan (cuando hablaba del “ambiente eléctrico” que prolonga nuestros nervios), los medios de los que depende nuestra vida se unen en redes, en un medio ambiente, no menos ecológico por ser artificial, del que la expresión más obvia e importante son las ciudades: y ninguna otra como la infeliz Maracaibo, que en medio de sus ruinas físicas y políticas nos

mostraba las características y la magnitud de nuestro desastre, la imagen misma de la pobreza multidimensional.

La estampida (2018, 2021)

Hace mucho sabemos –aunque todavía haya quien no lo quiera admitir– que la humanidad no se opone a la animalidad sino es cierta forma de vida animal. Grandes etólogos como Jan de Wal y Shirley Strumm han mostrado como todas las cualidades que, por siglos, se creyeron singularmente humanas, como la empatía o el uso de herramientas, son regulares entre los primates.

Es ridículo negar la diferencia entre los simios que han viajado a la luna con los que siguen allá, en la madre África, pero no es nada fácil definir esa diferencia dado que los demás homínidos también tienen culturas e industrias (la edad de piedra, muestra de Waal, comienza con el chimpancé). Pero podríamos resumir esa capacidad singular de hablar y cambiar a gran escala el medio ambiente al decir que somos el animal que abstraer. Y nuestras abstracciones, como las letras, cifras, estadísticas, textos y sistemas nos rodean.

“La inteligencia no vive en una placa de Petri, ni en un laboratorio, ni dentro de un cráneo; vive al aire libre, vive en y como nuestras ciudades. Una ciudad no es solo arquitectura más habitantes; es un entorno artificial por excelencia”, dice Benjamin Bratton, el pensador de la geopolítica de lo artificial. Lo que colapsó en Venezuela desde 2009, pero particularmente desde 2014, fue ese entorno artificial: apagones, interrupción o lentitud del internet, fallos de los acueductos, colapso de los vehículos automotores y cajeros automáticos, y por supuesto, todos los flujos esenciales para la vida: de dinero, de combustible, de proteína, de agua potable. Colapso no solo los automatismos sino las rutinas institucionales que nos permiten vivir en las ciudades.

Ante el colapso de los ecosistemas urbanos venezolanos un enorme desplazamiento poblacional comenzó, buscando todo aquello que ya no era posible encontrar en Venezuela, el éxodo que creó la diáspora. Para 2018, cuando por primera vez la Encovi contabiliza la migración, estimaba en 1.643.000 “la población que emigró en los últimos 5 años”. Solo entre 2017 y 18 se había duplicado tanto el número tanto de emigrantes como de hogares con migrantes inter-

nacionales (estos últimos pasaron de 616.000 a 1.130.000). “Casi el 80% de la emigración reciente desde Venezuela ha salido básicamente durante los años 2017 y 2018”, decía la Encovi 2018, para 2023, según la última, habían salido 6 millones y ahora se habla de 8, casi un tercio de la población viviendo afuera.

El buscar trabajo era la razón para emigrar en más de 60% de los casos, es decir, la presión de la pobreza monetaria, de ingresos, pero debe tenerse en cuenta que esta no era ni es una simple crisis económica sino la confluencia de varias crisis y colapsos: la caída del precio de petróleo desata un desastre en cascada, acelerando el colapso de servicios públicos y logísticas. Luego esta caída de los ingresos petroleros se vuelve, en 2015, caída de la producción petrolera misma, acelerada no solo por los apagones y otros problemas de infraestructura sino por la misma emigración que va sacando la mano de obra calificada del país. Ahora la escasez de combustible producto de todos los colapsos anteriores, retroalimentó el colapso y estuvo a punto de causar un apagón automotor durante la pandemia.

Para 2021 “casi la mitad de quienes dejaron el país son jóvenes de 15 a 29 años y 90% si se considera el tramo de 15 a 49 años”, decía la Encovi 2021. “La población emigrada se va mostrando menos joven. Constituyen mayoría los migrantes de 30 a 49 años, así como se amplió el rango etario, el éxodo se transversalizó por todo el espectro social”. Pero también en el geográfico: para 2017 la mayor parte de los emigrantes salen de la Gran Caracas, para 2022 la mayoría provenía de ciudades medianas y pueblos rurales.

En enormes contingentes, en una estampida con diferentes fases (la que recorrió los andes, la que bajó por Roraima, la que todavía pasa por el Darién) millones de venezolanos salieron en estampida, buscando la materia, energía e información que ya no encontraban en su país. Al salir, al enviar remesas (49% lo hacía incluso durante la pandemia y para 2022 había subido a 60%) y disminuir la presión sobre los recursos de un país en contracción contribuyeron a que su sociedad se adaptara al desastre. Pero hacían esto a costa de grandes pérdidas y enormes cambios.

La demografía de la moral (2019-21)

Combinados, éxodo y desastre crearon toda una nueva demografía: “4 millones menos como resultado de la combinación de una intensa emigración de 15 a 39 años, menor producción de nacimientos e incremento de la mortalidad (...). Aceleración del envejecimiento de la población, incremento de la relación de dependencia demográfica por pérdida de población en edades activas”, decía la Encovi 2019-20.

La tendencia continuó al año siguiente como lo mostró la Encovi 2021: “El tamaño de nuestra población se redujo a 28,7 millones. El crecimiento demográfico en el último quinquenio fue negativo en -1,1%”. *Somos menos* apareció como una suerte de denuncia en medio de los datos estadísticos: “Somos menos porque hay 340 mil nacimientos que no se produjeron, debido a que migraron las potenciales madres (...) Somos menos porque los riesgos de morir han aumentado. Tenemos la tasa de mortalidad infantil registrada hace 30 años (25,7 por mil). Pero esa reducción no era solo del número de vidas sino de la esperanza de vida. Las generaciones nacidas en el período de crisis (2015-20) van a vivir menos años que quienes nacieron antes (2000-05). Hay una pérdida de casi 3 años en la esperanza de vida”.

(Continúa en la página 8)



DE LA SERIE NEVERAS VACÍAS / @ DANIEL HERNÁNDEZ

9 notas sobre la Encovi

(Viene de la página 7)

Pero tan inquietante como esas reducciones fue la pérdida del bono demográfico, que es simplemente “una coyuntura favorable, en términos de la estructura por edad, para potenciar el desarrollo”, coyuntura en la cual la población en edad productiva excede a aquella en dependencia (niños y ancianos). Según la Encovi 2019, “en un quinquenio se pierden casi 3 décadas que quedaban de bono demográfico”, es decir, lo que debía ser una “ventana de oportunidades” entre 2000 y 2040 se redujo 20 años terminando en el 2020. Pero ese no era el único retroceso. “La tasa de mortalidad infantil es de 26 por mil en lugar de 12. Volvimos a 1985-1990 (...) Quienes han nacido en el periodo 2015-2020 vivirán 3,7 años menos a lo pronosticado según las proyecciones oficiales”.

Pero junto a esta mayor fragilidad había también otros signos de adaptación más ambiguos como la reconfiguración de los hogares, en muchos de los cuales se hacían unipersonales o feminizaban su jefatura. Los efectos ambiguos del éxodo se hacían evidentes: “La caída en el volumen de población disminuye la presión sobre ciertos servicios como la educación, salud, vivienda, otros, pero también significa un mercado de menor tamaño para la producción de bienes”.

Aunque las disminuciones de la sociedad venezolana son innegables y catastróficas (hasta el punto que el mismo gobierno dejó de negar la catástrofe para atribuirse la a las sanciones), el discurso del “daño antropológico” y otros parecidos, dentro de cierta agenda política, no solo vendieron la idea de unos venezolanos vencidos y quebrados, incapaces de nada más que de huir e implorar la caridad internacional, sino que no dan cuenta de la complejidad de la situación.

Antes se hablaba más de la resistencia, es decir, de conservar la forma o la figura o la estructura ante el estrés, ahora se ha vuelto una suerte de moda hablar de la resiliencia que es la capacidad de recuperar la forma tras haberla perdido, pero se habla menos de la plasticidad como capacidad de adquirir forma y de cambiar de forma. La filósofa Catherine Malabou ha llamado la atención sobre esta propiedad al estudiar la plasticidad cerebral y las respuestas ante el trauma.

Sobrepasada por un trauma constante, que venía de sí misma y de la que no sabía cómo protegerse, la sociedad venezolana (y toda sociedad es una red de sociedades más pequeñas) se transformó. En gran medida esa transformación fue una corrupción, es decir, pérdida, pero parte fue una ganancia: al diaspORIZARSE se hizo un archipiélago, un archipiélago venezolano como hay uno cubano, o mexicano o colombiano y, por eso, aunque parezca increíble, la catástrofe es el origen de una historia nueva, un nuevo nacimiento, porque naciones y sociedades nacen recursivamente, una y otra vez.

La arqueología de la pobreza (2019/21)

Solemos pensar la ciudadanía como una cuestión simplemente jurídica o, a lo sumo, como una cuestión política que se resuelve solo en cierta esfera separada de las demás. Pero, ¿qué tal si fuera más bien una ecología? Inclusive cuando es un asunto meramente burocrático, como la identificación, no existe sin registros físicos en soportes materiales o digitales, e información que va y viene de los rostros, dedos y bocas de las personas hasta los archivos públicos. No hay ciudadanía sin infraestructuras y servicios.

El colapso progresivo de ese tipo de servicios nos hizo entender, como nunca, cuán importantes son esas logísticas porque, en realidad, para ser plenamente ciudadanos –y eso es así, desde la antigüedad griega y romana– necesitamos estar conectados no solo a toda una serie de infraestructuras a través de servicios sino a un ecosistema artificial cuyo paradigma es la ciudad.

La Encovi (2019/20) no solo cubrió el periodo de la pandemia sino el fin de varios años de lucha por el poder en los cuales el chavismo comenzó a reconstruirse en un régimen diferente abrazando la dolarización y otras medidas para sobrevivir a las sanciones y al colapso económico. Para entonces Venezuela había padecido casi una década de degradación de sus infraestructuras que, aunque acelerada tras 2014, no era nada nuevo. Y la pandemia a la vez contribuyó al colapso de los servicios y fue contenida por ella, pues el país, en ese momento ya casi sin combustible, tendía a la cuarentena. Como sea fue una coyuntura decisiva en la *desciudadanización* de la ciudadanía.



DE LA SERIE NEVERAS VACÍAS / ©DANIEL HERNÁNDEZ



DE LA SERIE NEVERAS VACÍAS / ©DANIEL HERNÁNDEZ

Los indicadores de pobreza estructural son, probablemente, aquellos que expresan más sobre esos déficits de ciudadanía. Un ejemplo es la vivienda, 85% de los venezolanos vivían en casas y aunque: “Los hogares ocupan en mayor proporción viviendas construidas con paredes de bloque o ladrillo frizado, techo de láminas metálicas seguido de techos de platabanda y con piso de cemento sin revestir (...) 2 de cada 3 hogares disponen de 1 a 2 cuartos para dormir y 1 de cada 4 utilizan hasta 3 cuartos. De hecho, el 13% de los hogares padecen hacinamiento”.

Pero una vivienda depende enteramente de sus conexiones con el medio, y la Encovi 2019/20 reflejaba el colapso de las infraestructuras: si bien 77% de los hogares recibían el agua de los acueductos, solo 25% lo recibía diariamente: “de cada 10 hogares, casi 8 se aloja en viviendas con conexión a acueducto, 1 se abastece de agua con el uso del camión cisterna y el resto utiliza pila pública, estanque u otros medios”. Así, a la incapacidad de conectar al agua corriente a un quinto de la población se unía la incapacidad de dársele todos los días a tres quintos de los que sí la recibían, es como si fuera necesaria una arqueología de la pobreza para diferenciar las capas de carencia que se acumulan.

A las carencias de materia se unen las de energía: para 2019, evidentemente, 90% de los hogares habían experimentado interrupciones del servicio eléctrico, “32% *diariamente por varias horas* y 32% *semanalmente por varias horas*”. Pero ya no se trataba del colapso del sistema eléctrico, que avanzaba desde el primer apagón nacional de 2009, sino también del combustible, cuya producción había sido devorada por el campo de desastre. La Encovi 2021, obviamente no ofrece datos sobre la caída de la producción de gasolina, pero, como siempre, nos ofrece todo un cuadro de síntomas:

“Tiempo promedio para 30 litros de combustible 1 hora y media. (...) 20% no pudo poner gasolina 1 % no compró en estación de servicios (...). Pagar al precio internacional resta 114 minutos de espera...”.

En términos de educación también se añadían nuevas capas y magnitudes de carencia: se redujo el acceso a la educación en la población entre 3 y 5 años y 18 y 24 años, en un contexto en que comenzó a demandar, con la educación a distancia, medios que los venezolanos no tenían y que de

golpe añadieron nuevas dimensiones a la pobreza cuando se exigieron conectividad a internet y dispositivos electrónicos para poder ver clases: solo 24% de los encuestados tenían computadora, 70% necesitaban acceso a internet, 68% necesitaban dispositivos.

Bajo el colapso y la pandemia el impacto sobre la salud también fue considerable: “46% no acudió a ningún tipo de consulta y se debió a que decidió automedicarse, o no tenía dinero para pagar el servicio, o no lo considero”. El caso es que las sinergias entre las distintas “dimensiones” de la pobreza (donde la falta de internet resuena con la falta de acceso a la educación o el colapso de la salud pública con el del ingreso) indican que habíamos entrado, en esos años de cambios acelerados, en una nueva fase de la historia era una desigualdad nunca vista desde los tiempos anteriores a la explotación de petróleo.

La mayor desigualdad (2022)

“Venezuela está en el continente más desigual del mundo y, para 2022, es el país más desigual de América. Nuestro nivel de desigualdad se compara con el de Namibia, Mozambique y Angola”. De todas las frases ominosas coleccionadas por la encuesta, esa de la Encovi 2022 es tal vez la más elocuente y, sin duda, uno de los tantos epitafios del chavismo. La ironía es que 2022 fue el primer año en el que la encuesta registró un descenso de la pobreza de ingreso que pasó de 90.9 % en 2021 a 81.5 % en 2022.

Tras el fin de la pandemia, la Encovi 2022 pudo detectar los efectos del nuevo modelo económico de la “economía de bodegón”, cuyas primeras fases habían coincidido con la expansión del Covid, pero cuyos frutos solo eran visibles tras el fin de la pandemia y de lo peor de la crisis de combustible. Y, en efecto, los cismas que se habían hecho evidentes en los años anteriores (ganar en dólares y ganar en bolívares, vivir en el interior y vivir en Caracas, recibir remesas o no) aparecían reflejados en la encuesta tanto como la relativa recuperación lograda cuando el gobierno dejó de bloquear las estrategias de sobrevivencia de los venezolanos.

Usado para medir la desigualdad el coeficiente de Gini es un número entre 0 y 1, donde 0 corresponde con una situación hipotética en que todos tienen los mismos ingresos, y 1 con la hipótesis en que una sola persona tiene todos los ingresos

y los demás nada. El índice de Gini es igual al coeficiente de Gini multiplicado por 100. El índice mide cómo se distribuye el ingreso entre los diferentes grupos de la población. En el caso de Venezuela se ubicaba en 0,603, en 2022, mientras que en 2014 se cifraba en 0,407, y la diferencia de ingreso entre el 10% más pobre y el más rico “es 70 veces”.

Pero esa desigualdad implica otras: “Casi el 40% de los hogares con mayores ingresos están en Caracas (...). Caracas solo concentra el 16% de los hogares del país (...) Los negros son 6.4 más pobres que los blancos y sin diferencias con los mestizos”. La encuesta también mostró que, en los trabajos mejor remunerados, la brecha salarial entre hombres y mujeres oscila entre 25.8 y 197.4 % a favor de los hombres.

“La pobreza comienza a tener más que ver con factores sociales y de infraestructura (vivienda, educación y servicios); aunque las económicas siguen predominando”, es decir, se hace cada vez más social y ambiental que una cuestión coyuntural relacionada al ingreso: “la pobreza por razones sociales aumenta de 31% en 2019 a 42% en 2022, mientras que La pobreza por razones económicas cae de 69% en 2019 a 58% en 2022”. En un país donde ni las zonas más pudientes se libran de los apagones y la falta de agua corriente, donde las instituciones educativas y sanitarias colapsan, la pobreza corre parejo con la degradación del ambiente.

El cambio estructural de la sociedad venezolana que tantas veces fue ofrecido ocurrió, pero de manera perversa e inversa en que el “mejor sistema eléctrico del mundo” colapsó dejando al país sin luz por días. Y, en efecto, lo que la Encovi detectó y midió fue un cambio estructural no solo de las condiciones de vida de los venezolanos sino de su sociedad. Pero una sociedad siempre está haciéndose, todo el tiempo: ya hay quien, a fuerza de hablar de cosas que no cambian, ha hecho de las estructuras un fetiche. Pero en realidad, estructural y coyuntural, o constante y variable, son aspectos de las mismas relaciones. Lo estructural es un adjetivo, que refiere a lo que es permanente o estable en un lugar y un periodo determinados.

Lo que ocurrió en Venezuela, y registran bien las Encovi, es que esas constantes de la sociedad venezolana, aparecidas en la segunda mitad del siglo XX no cambiaron dramáticamente con el chavismo: la relación de los pobres con la educación, los servicios, el medio ambiente no era muy diferente, solo se añadió un enorme flujo de dinero, pero a diferencia de otros periodos de *boom*, no solo se perdió una enorme cantidad de riqueza sino que los medios y mecanismos con lo que la sociedad se hace y se rehace, se cambia y se estabiliza, quedaron comprometidos: la moneda, las comunicaciones, las industrias que nos conectan con nuestras reservas de energía cayeron en una espiral de degradación mientras el gobierno mismo acelera el colapso.

Y cuando la sociedad venezolana logró estabilizarse nuevamente, usando el dólar, la emigración, el *cuentapropismo*, cuando el gobierno finalmente entendió que necesitaba alguna estabilidad, no solo los recursos eran menores y las condiciones de vida más precarias, sino que eran otras sus características, sus rasgos, y sus constantes: lo vemos no solo en el más obvio, que es la migración, sino en la pérdida del bono demográfico y el alcance de la educación. Esos cambios que, en su mayoría, indican un gran empobrecimiento, apenas están comenzando y la Encovi es uno de los pocos medios, probablemente el principal, que tenemos para detectarlos. 🗳

Antropólogo e historiador, Rafael Sánchez (1950–2024) fue autor del fundamental *Dancing Jacobins, a Venezuelan Genealogy of Latin American Populism* (2016), libro que espera por su publicación en español

ALEJANDRO MARTÍNEZ UBIEDA

Rafael Sánchez nos ha dejado una obra de la mayor relevancia para comprender la venezolanidad, y en no poca medida, a nuestra américa hispana. *Dancing Jacobins, a Venezuelan Genealogy of Latin American Populism*ⁱ ha sido publicado en lengua inglesa por Fordham University Press en 2016, y en él, Sánchez, antropólogo venezolano, abre una puerta vital para abordar el mito Bolívar y sus complejas y actuales derivaciones. Una de esas derivaciones es la que refiere al gran mal de nuestro tiempo, el populismo. En estas notas simplemente asomaremos algunos de los rasgos que hemos encontrado resaltantes en la obra, sin que sea esta una opinión experta.

La mirada de Sánchez es efectivamente la del sociólogo que observa tanto hechos relevantes como hechos aparentemente menores de la vida social y política, y sobre esa base hace conexiones, revela vínculos, detecta paralelismos y de todo ello extrae explicaciones posibles, redescubrimientos, ángulos escondidos. Tiene también esa mirada mucho de indagación psicológica, y elabora densas reflexiones que encuentran redes de sucesos implicados en la génesis del mito Bolívar, como en el caso de sus consideraciones acerca de las obras de teatro francés escenificadas en la Bogotá de 1815, o su agudo análisis de los diseños arquitectónicos que se consideraron a la hora de darle forma definitiva a la plaza Bolívar de Caracas.

Bolívar omnipresente

Aunque sobre el mito, innegable a estas alturas, hay ya nutrida descripción hecha por numerosos autores, Sánchez añade una visión profunda en la que teje elementos clave para comprender la relación del héroe con el populismo. Más allá del uso oportunista que Guzmán Blanco hizo del centenario del nacimiento de Bolívar, para así instaurar definitivamente la feligresía que nos ocupa y el comienzo, en la vida venezolana, de la legitimación política por vía de la apropiación de la figura del caraqueño, quizá lo más sorprendente es constatar cómo esta iglesia, la bolivariana, no ha hecho otra cosa que crecer después de la muerte del patriarca. Sánchez habla del mito como resultado de “una operación historiográfica que produce un intercambio quiasmático entre historia e iconografía...” (Sánchez, 2). Al resultado de esa operación Sánchez lo denomina Bolívar *superstar*.

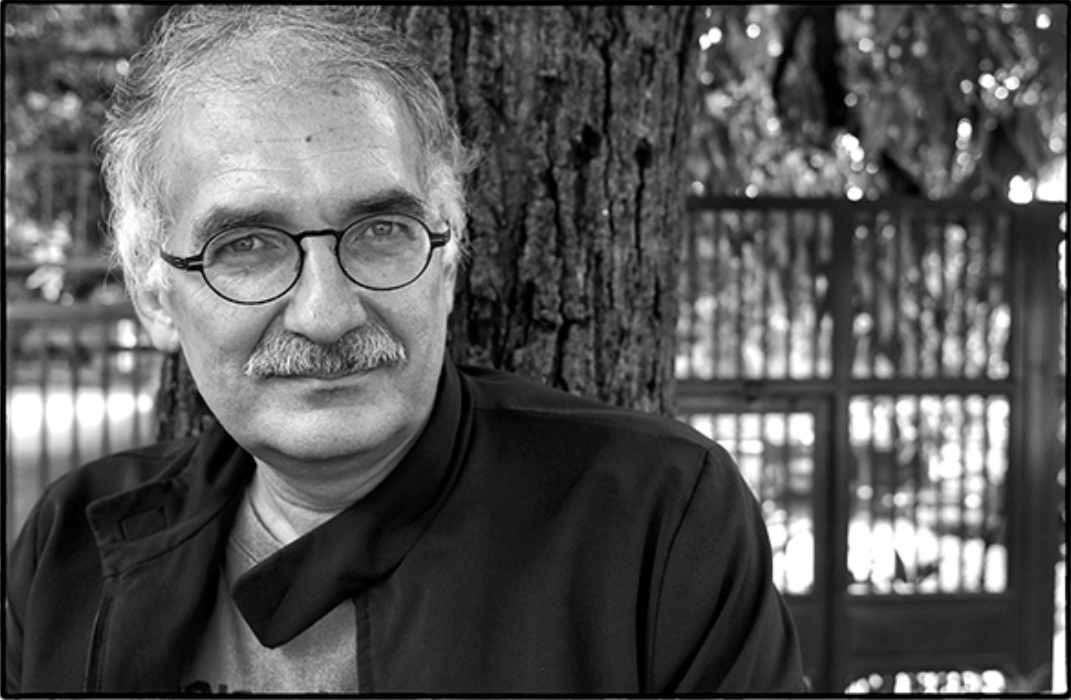
Bolívar ocupa el sitio cumbre: es el padre de la patria y de las virtudes republicanas, héroe de batallas y estratega de “la victoria”. “Así, con la responsabilidad monumental de representar la nación como una entidad atemporal que permanecerá idéntica a sí misma en el tiempo y el espacio, tal figura solo podría manifestarse en la estatuaria.” (Sánchez, 2). Por otra parte, el autor toma postura ante el razonamiento frecuente que ubica la responsabilidad de la creación del mito fundamentalmente en Guzmán Blanco y sucesores, señalando que fue el mismo Bolívar quien elaboró cuidadosamente los elementos que posteriormente habrían de anclar su historiografía en términos de bronce (Sánchez, 276).

Pero antes de proseguir, volvamos sobre la magnitud del mito y su carácter ubicuo. Porque Bolívar ataca desde cada esquina. No hay espacio político o cultural que no lleve el sello de calidad Bolívar. Ataca desde la literatura, como agudamente señaló José Ignacio Cabrujas con motivo de la publicación de *El general en su laberinto*:

“... ¿Será que hay un destino en la memoria de Bolívar? ¿Existirá, me he preguntado a veces, alguna otra manera de recordarlo como no sea esa lloradera enfermiza y hasta manipuladora que ahora aparece refrendada nada menos que por el mismo Gabriel García Márquez al casi módico costo de cuatrocientos *idems*? ¿Qué poderes poseyó este hombre, como dirían los rosacruces, para seguir inspirando ciento cincuenta y tantos años después de su muerte, el mismo ayayay lastimero, las mismas frases hechas, la eterna marmolería de ‘aquí yace quien fue en vida un incomprendido derrotado por los mediocres y los sinvergüenzas’? Cabrujas ahonda: “...y esto es lo que decepciona de la novela de García Márquez. La manía del iluminado. El conductor de necios que solo

LECTURA >> DANCING JACOBIANS, DE RAFAEL SÁNCHEZ (1950–2024)

Bolívar superstar



RAFAEL SÁNCHEZ / ©VASCO SZINETAR

saben obedecer a la orden del caudillo. Antonio José de Sucre vive solo en la medida en que el Libertador lo distingue. José Laurencio Silva, es una especie de general madrinero, que lleva la tropa de soldados hasta Cúcuta. Y el resto es comparsa de compañía dramática ecuatoriana y sin nómina...”ⁱⁱ

También Petkoff identificó la fuerza del mito:

“...Al igual que las grandes religiones universales, la bolivariana se anida en esos pliegues del espíritu de donde la ciencia no ha podido desalojarla, proporcionando, como aquellas, consuelo y alivio para las cuitas, no solo políticas, de sus fieles. ‘Si Bolívar volviera...’, ‘Si Bolívar estuviera vivo...’. Por ello, así como la fe de los católicos ha sobrevivido a todos los crímenes y desaguisados que desde su iglesia y en nombre de ella se han cometido, la fe bolivariana ha resistido todas las trapacerías y sinvergüenzuras que se han adelantado colgándose de la guerrera del general. Es la robustez popular del mito la que mantiene viva la superestructura litúrgica desde donde ofician quienes manipulan, explotan y trafican con la fe bolivariana de los humildes”ⁱⁱⁱ.

Ataca Bolívar también, y este es un escenario en el que reina sin que ninguna figura ose retar su supremacía, en la cultura popular, y prueba cimeira de ello es el verso que ya hace más de cuarenta años interpretó Un solo Pueblo: “...cuando Bolívar nació, Venezuela pegó un grito, diciendo que había nacido un segundo Jesucristo...”^{iv}

Y también se asoma Bolívar con particular fuerza en la poesía, como en el tan conocido verso de Neruda en el que este le reza postrado una oración al ídolo:

“...PADRE nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire de toda nuestra extensa latitud silenciosa, todo lleva tu nombre, padre, en nuestra [morada: tu apellido la caña levanta a la dulzura, el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar, el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar, la patata, el salitre, las sombras especiales, las corrientes, las vetas de fosfórica piedra, todo lo nuestro viene de tu vida apagada, tu herencia fueron ríos, llanuras, [campanarios, tu herencia es el pan nuestro de cada día, Padre, le dije, ¿eres o no eres o quién eres? Y mirando el Cuartel de la Montaña, dije: Despierto cada cien años cuando despierta el [pueblo...”.

La monumentalidad y el manoseo

Volviendo a los danzantes jacobinos, Rafael Sánchez plantea el concepto de monumentalidad, la construcción de figuras que se asumen a sí mismas como imponentes, avasallantes, sobrehumanas, que sin embargo se manejan alternando la tal monumentalidad con un populismo igualitarista anclado en la emoción, en la cercanía. Así, Bolívar es héroe encumbrado, y al mismo tiempo es bailarín que camina sobre las mesas de elegantes recepciones en las que rompe las formas establecidas. Es en esta dualidad que surge una relación muy particular entre el héroe y las masas que admiran su heroicidad, y es también en esa dualidad que surgen los aspirantes a héroes, los que abrazan la monumentalidad y se hacen parte de ella, medrando de Bolívar, queriendo ser Bolívar y comportándose como Bolívar, arriesgado y atrabiliario, delicado de pensamiento salvo

cuando ordena matanzas. Este vaivén entre una y otra pose, la estatua por un lado y la cercanía confanzuda por el otro, han tenido, y tienen aún, un sentido político: controlar a las masas, a los pardos, al pueblo, al soberano.

Sánchez centra en Bolívar la gestación de esta forma que llama gobernanza monumental, que va de la exaltación maníaca de figuras proceráticas, y desde el consecuente ejercicio de gobierno en una suerte de agigantamiento patriótico, al manoseo coloquial e igualitario. Señala, además, que Venezuela ha pasado constantemente del estado de monumentalización al del “teatro para las masas”, nombre que otorga a uno de los capítulos de su obra, y comienza citando ejemplos de la época de la Independencia, en la que en ocasiones identifica ajustadamente al bando “patriota” como el bando “separatista”, y destaca un elemento central del período: el cambiante apoyo de los pardos a uno y otro bando, una vez monárquicos y otra independentistas, en una rotación de varias vueltas. De esta manera, el soberano oscilaba pendularmente, a ratos conservador del *status quo*, a ratos revolucionario. “Obviamente, con el objetivo de inmovilizar a su audiencia, la teatralidad republicana tiene que apelar a medios suplementarios que no son estrictamente teatrales. Además del uso de la violencia, se conforman redes de relaciones cliente-patrón con el uso de los dineros del Estado, con el fin último de mantener estable una audiencia de seguidores...”

Solemn face, sassy ass

De la observación del lenguaje venezolano extrae Sánchez dos imágenes que le permiten graficar su planteamiento, de modo que la dicotomía entre la monumentalidad y la teatralidad tiene un correlato con el que comienza la primera de las casi cuatrocientas páginas de su libro. Se arriesga a un epígrafe con una traducción libre de un dicho venezolano: “...*solemn face, sassy ass*...”

De modo que “Cara seria, culo rochelero” es un dicho “maravillosamente sugestivo de la brecha entre el porte oficial y el oficioso, el libidinoso otro lado” (Sánchez, 197). El prócer de ayer o de hoy, el notable, vive esta dualidad en la que un factor no existe sin el otro, y aún en la más solemne de las ocasiones, la más rígida y protocolar, el lado oficioso de un notable se asoma, presto a ceder ante un exceso, a descender a la teatralidad.



Sin embargo, la escena oficial no llega a desvanecerse, siempre mantiene su forma, aunque la habite el relajo.

“La inestable pero constantemente renovada tensión entre los dos lados del ‘notable’, parte monumentalidad, parte carne y hueso, permite que cada parte haga su trabajo. Si su monumentalizada persona habla elocuentemente sobre las virtudes republicanas, con la mirada fija en la distancia en pose de reflexión, su lado más juguetón simplemente apunta al deseo de disfrutar y a la posibilidad de hacer un negocio. Ni monumentos ni negocios existen el uno sin el otro” (Sánchez, 198).

Otra imagen que trae nuestro autor a colación es la atribuida a Miranda, cuando estaba siendo entregado por Bolívar, sí, por Bolívar, a los españoles y la primera república caía, y el reo exclamó su desesperanza ante el choque entre la grandiosa aspiración de la liberación histórica de los pueblos, por un lado, y por el otro la francachela de pleitos menores, personalismos y rencillas que concluían en su entrega al enemigo por parte de sus camaradas: “Bochinche, bochinche, en Venezuela todo es Bochinche”.

La monumentalización, entonces, es un modo de ser en el gobierno, en el liderazgo, y además de la fuente inicial en Bolívar, este encuentra acabada expresión en Guzmán Blanco, quien es descrito por Juan Vicente González como “...un carácter pueril, vano, teatrero, con debilidad por las plumas, joyas, bordados palabras pomposas, títulos imponentes, todo cuanto suene impresionante, que brille, la pantomima del poder. Poco le importa ser objeto de escarnio público o privado: lo que le importa es la apariencia de respeto...”^v. Los múltiples y jugosos negociados de Guzmán Blanco serían la contraparte de sus estatuas, su otro yo. Por un lado, los negocios, los ilícitos, por el otro, las iniciales GB sobre el gran arco de hierro importado de Francia que adorna la entrada al Palacio Federal Legislativo.

Sánchez acerca la discusión a nuestros días, y señala de último viceBolívar, al último autoproclamado “hijo de Bolívar”, Hugo Chávez.

“Desde que llegó a la presidencia en 1999, hasta su muerte en 2013, Chávez, a través de un hábil montaje de monumento y baile, reinó en la política venezolana como la quintaesencia del jacobino danzante, fundamentalmente teniendo a la inquieta población venezolana enfocada en su monumentalizada/danzante persona.” (Sánchez, 329).

El manejo alternativo de la monumentalización y la rochela tuvo en Chávez un maestro. Nunca un proyecto de Chávez fue municipal, local, realizable. Siempre sus enunciados lo hacían el centro de una lucha por la humanidad, por el planeta, por la felicidad más plena. La realidad, sin embargo, era un tanto distinta: el teniente coronel no ejercía la presidencia. Se la gozaba. Cambiaba ministros cada tres días, visitaba Wall Street y hacia el lanzamiento inaugural en un juego de grandes ligas y cobijó los más desmesurados expolios de las arcas del Estado. Pero entre otros, hubo una particular rendija donde quedaba retratada la farsa Chávez, la teatralidad Chávez, en las numerosas vallas publicitarias que exhibían su fotografía en una reunión internacional, con “cara seria”, reflexiva, mirada de prócer, como quien hace sesudo análisis de la situación. Pero algo en esa imagen, algún pliegue equívoco, alguna ranura misteriosa dejaba ver al guasón Chávez, a Tribilín gritando que ya no era el administrador de la cantina militar, tratando de creerse el mismo un avezado estadista, un líder mundial.

Quizá fue una premonición de Neruda la expresada en las líneas finales del ya citado poema. Pareciera que cada tantos años, Bolívar despierta: con el rostro de Guzmán Blanco, con las facciones de Gómez, transmutado en el regordete Pérez Jiménez, vaciado en la ignorancia atrevida de Chávez, pero siempre monumentalizado y épico, hecho nación misma, reivindicación encarnada, dejando ver, sin embargo, su teatro, un teatro tras cuyas bambalinas se transa un país. ☸

i Sánchez, R. (2016). *Dancing jacobins: A Venezuelan Genealogy of Latin American Populism*. Fordham University Press.
ii Cabrujas, J.I. “Los otros laberintos del general”, **El Nacional**. Caracas, 21 abril 1989.
iii Petkoff, T. en prólogo a la novela de Mario Szichman, *Las dos muertes del general Simón Bolívar*. Caracas, José Agustín Editor, El Centauro edics., 2004, p. 10.
iv “Viva Venezuela”, canción interpretada por la agrupación Un solo Pueblo.
v Juan Vicente González en *Manuel Briceño* [1884] (1964), 36.



AFICHE DE DR. JEKYLL Y MISTER HIDE / WIKIPEDIA

Café del día

El otro yo

ROGER VILAIN

“Yo soy yo y mis circunstancias”, sostuvo Ortega y Gasset, de modo que le tomo la palabra desde ya. Justo por mis circunstancias soy el que voy siendo, y el que voy siendo baila con el otro que me habita. Encarno a un heterónimo, a un apócrifo cuyo único talante es lo dual trocado en unidad. Si lo anterior te llega a sorprender has empezado mal. El bueno de Pessoa, pongo por caso, vivió hasta las narices en lo mismo, así que nada que extrañar, cada quien coge a su cada cual y todos tan contentos. Ortega y Pessoa, Pessoa y Ortega pisándose como si nada los talones. Soy un apócrifo absoluto, con lo cual sé que no digo demasiado. Voy a la universidad a diario, doy clases con la corbata puesta, pago todos mis impuestos, cumplo mis deberes religiosos y juego con el perro los domingos en el parque. Nada raro de momento. Entonces al salir de casa al despertar, luego de dormir como un lirón, me saluda el quiosquero de la esquina, pregunta de seguidas cómo terminó la juerga, da las gracias por los

tragos y se despide tan campante y tan sonriente. Finjo asombro, respondo dos palabras por salir del paso y muy serio continúo de largo. Como yo y mi otro yo el Dr. Jeckyll y Mr. Hyde son apócrifos entre sí. Antonio Machado y Juan de Mairena ni se diga. Si me apuras ahí tienes a Max Aub con Josep Torres Campalans así como a Rafael Bolívar Coronado, hijo celebrado de Villa de Cura y Luis Felipe Blanco Meaño, uno de sus seiscientos *alter ego*. Y ahí tienes a mi querido Rushdie. Rushdie relató su vida en cierto libro que si no sabías de su existencia corre ya a buscarlo. Lo tituló como su nombre: *Salman Rushdie*. ¿He dicho que contó su vida?, quizás sí, quizás no, ¿recuerdas el disco de Sabú? Heterónimo o apócrifo del escritor británico para esta biografía fue un tal Joseph Anton, quien figura como autor, heterónimo y apócrifo a su vez de Joseph Conrad, así como de Anton Chéjov. Fijate qué caso de libresca esquizofrenia llevada a extremos surrealistas. Salman Rushdie, Joseph Anton, el señor Conrad y el señor Chéjov soplándose la nuca.

Lo que soy yo disfruto semejante realidad –guardando las distancias, mía también desde la adolescencia–, y soy a estas alturas un apócrifo feliz, un heterónimo de cabo a rabo, con la salvedad a cuentas de que mi mano izquierda sabe lo que hace la derecha y viceversa. Gozo a plenitud, o como el arriba firmante o siendo el otro yo que vive en mí. Pude averiguar que el gran Cortázar resultó un apócrifo de André Bretón, y en ocasiones al revés. Dime tú si no: *Rayuela* y la *Nadja*, tamañas pruebas de dos seres recíprocamente contenidos. La verdad es que todo heterónimo debería hacer de las suyas a placer; cuestión elemental para asir el hecho humano, ese psiquismo que tanto nos define. En cuanto a mí, me declaro el apócrifo más jaranero, más musical, más danzarín de estas regiones, y si llegas a dudarlo pregúntale a Johann Sebastian Mastropiero, heterónimo compositor de Les Luthiers. En fin, repito que yo soy yo y mis circunstancias, alter ego puro y duro, heterónimo sin más, apócrifo viviente, asiento del otro que me habita. Y no faltaba más. Es que no faltaba más. ☺

Nos vemos

Nuestro Guantánamo

KAORU YONEKURA

177 migrantes venezolanos estuvieron detenidos en la cárcel militar de Guantánamo. Como los cientos de presos que estuvieron allí alguna vez, los venezolanos llegaron sin debido proceso y sin ser terroristas. No mintió Chávez cuando la llamó “miserable prisión”. No se equivocó Trump cuando dijo que es “un lugar duro”. Maduro pudo decir “los hemos rescatado” el día que sus migrantes aterrizaron de vuelta en la patria. Y se sigue hablando sobre las durezas y miserabilidades de la cárcel de la bahía como si no tuviésemos nuestro propio Guantánamo. Rodeo I, la cárcel venezolana de máxima seguridad, también fue construida en secreto como parte de una supuesta política de “guerra contra el terrorismo”. Así, en febrero de 2024, llegaron los primeros “terroristas” a estas instalaciones desde la Dirección General de Contrainteligencia Militar (DGCIM) en Boleíta, Caracas. Todos fueron trasladados encapuchados, bajo el engaño de un chequeo médico y sin avisar a sus familiares ni abogados. En abril de 2024, ocurrió lo mismo con los “terroristas” que estaban en el Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIN) de El Helicoide y después de la elección presidencial, metieron a cuanto “terrorista” extranjero agarraron por ahí. Cuatro estadounidenses que “rescató” Grenell estaban en nuestro Guantánamo. Ha pasado un año. Un año de infamia y desvergüenzas, de hombres y muchachos metidos en celdas que, como las de la “miserable prisión”, sirven para aislarlos de la vida y acercarlos a la muerte. Un año en el cual los familiares han tenido que dejarse llevar encapuchados para poder acceder al locutorio donde hablan con su hijo, padre, hermano o esposo por no más de 20 minutos, solo de los temas que permitan los custodios y si es que no se suspende la visita por cualquier “orden de arriba”. Hace un año un hijo gritó: “¡Mamá, denuncia, denuncia! ¡Nos están golpeando! ¡Estoy obstinado de que nos estén pegando!”, y para esa mamá este ha sido un año de denuncias que pocos escuchan. Van demasiados días sin que a nuestros presos políticos se les permita recibir un libro, un abrazo y más de dos cartas semanales. Algunos de estos hombres tienen un año sin ver a los suyos, porque sus familias tuvieron que huir de Venezuela, y ni siquiera los han podido oír, porque en Rodeo I están prohibidas las llamadas. Hay hermanos que no se han visto desde diciembre y abogados a los que no han dejado entrar nunca. Las hermanas Baduel no saben nada de Josnars desde hace más de cinco semanas. Como alguna vez les pasó a los de Guantánamo, a nuestros “terroristas” se les sigue pasando la vida esperando ser rescatados de ese lugar del que pocos hablan. ☹

Récipe para golosos

Recalcati: Jesucristo traicionado

NELSON RIVERA

La profecía de Zacarías se cumple: Jesús entra en Jerusalén y es aclamado. El pueblo israelí agita ramas de palmeras y entona hosanas a su paso. No falta quien tienda su manto para adornar el camino de la bestia que transporta a Jesús. Le reconocen como el Mesías. No saben, ni el aclamado ni los aclamadores que, en horas, a ese momento de exaltada alegría, le seguirá una secuencia de negación y muerte: la noche en el Huerto de Los Olivos de Getsemaní, capítulo inicial de la pasión de Cristo. Es noche de traición y abandono. Dice Recalcati: “No es la noche de Dios sino la noche del hombre”. Noche de la lejanía de Dios. Getsemaní constituye un punto de inflexión en el devenir de Jesús. El que había sido recibido con júbilo es ahora un hombre vulnerable. Se ha producido una ruptura. Jesús anuncia a sus discípulos lo que viene: su pasión y muerte, precedida de la traición de sus discípulos. Sugiere Recalcati: “Jesús se enfrenta con tres experiencias radicales: la de la traición, la de la angustia frente a la propia muerte y, por último, la de la propia soledad y la de la plegaria”. Pedro y Judas están entre sus más queridos compañeros. Nos recuerda que la traición nunca llega de lejos: surge de quienes están cerca o muy cerca. Por eso, señala Recalcati (que es psicoanalista), la traición es traumática. Es distinta del engaño, que no compromete a la proximidad. El traidor no reconoce su deuda moral, olvida el pasado juntos, niega el vínculo que lo une al trai-



EL BESO DE JUDAS. FRAGMENTO. 1304-1306 / GIOTTO

cionado. “La traición se produce mientras se reparte el pan, mientras comen juntos”. A Jesús le aman Judas y Pedro. Son seguidores y enamorados. Sin embargo, en Judas hay un desencanto político. Esperaba un gesto de Jesús a favor de los necesitados. Pero Jesús anda perdido en su narcisismo. “Es Jesús, en opinión de Judas, quien traiciona la causa”. Por lo tanto, merece la muerte. Así, Judas traiciona al traidor: lo vende por 30 monedas. Su desilusión se transforma en odio.

Lo de Pedro es distinto: traiciona por miedo. Es el humano frágil. “Su traición lo sitúa frente a su propia carencia, frente a su absoluta e inerme falta de fiabilidad. La traición de Pedro es mucho más desconcertante que la de Judas (...). La verdadera traición no es la de Judas, sino la de Pedro; la verdadera traición es siempre la traición –como le sucede a Pedro– del propio deseo”. Desgarra, porque Pedro había sido el elegido. Su heredero en la tierra. Era el llamado a continuar

con la tarea, con la palabra de Dios. Y, en efecto, antes de que al gallo cante, Pedro lo ha negado tres veces: ha mostrado que hasta el amor más devoto puede ser traicionado. ☹

*Dedico este breve comentario a Lorena Bou Linares: intuyó que este libro me tocaría y lo puso en mis manos. Gracias Lorena.
*La noche de Getsemaní. Massimo Recalcati. Traducción: Carlos Gumpert. Editorial Anagrama, España, 2024.